

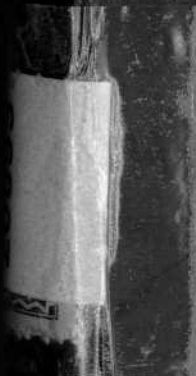
WILLIAMS

ARTS

ARTS

ARTS

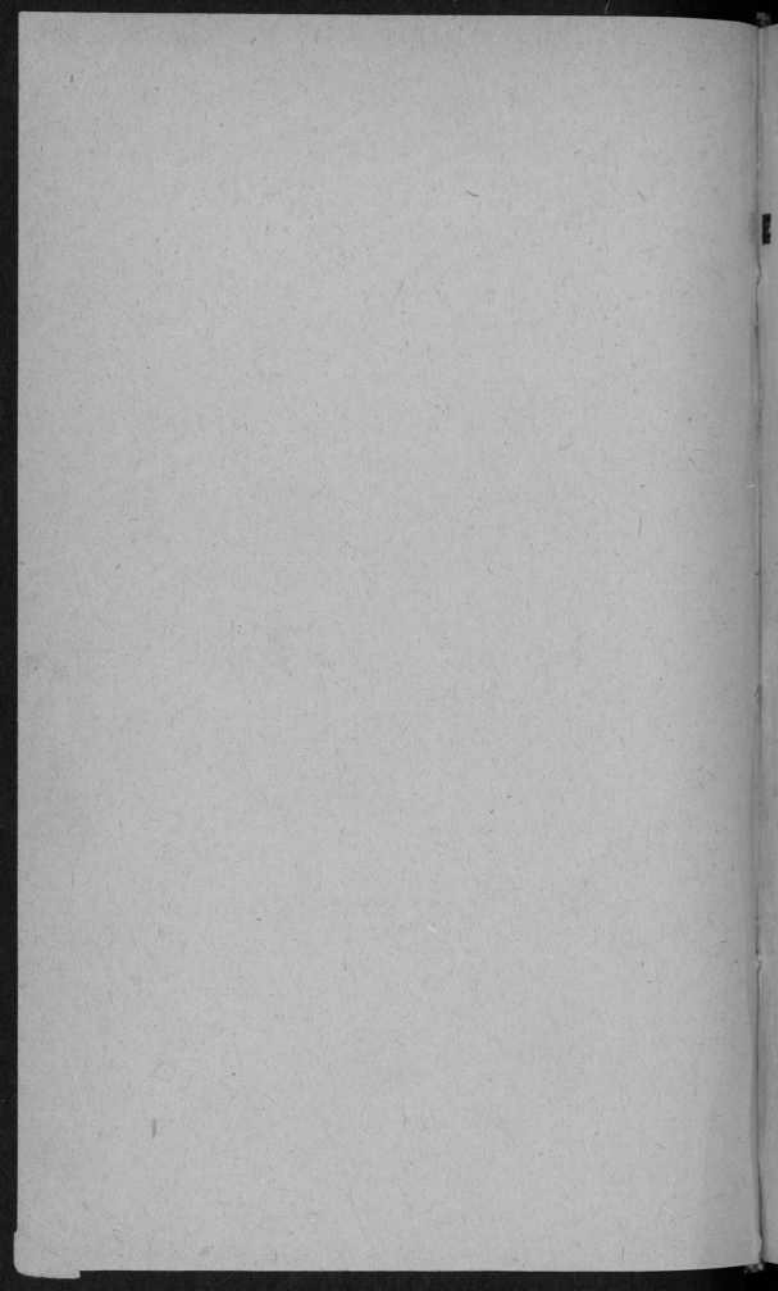
WILLIAMS



~~77269~~

20799

92  
—  
1 h



LAS SEÑORITAS  
DE QUINTANILLA DE ABAJO

---

ES PROPIEDAD

---

---

Imprenta de BIBLIOTECA PATRIA.—Rey Heredia, 13  
CÓRDOBA

72

== BIBLIOTECA PATRIA ==  
DE OBRAS PREMIADAS. — TOMO 135.

---

LAS SEÑORITAS  
DE  
QUINTANILLA DE ABAJO

NOVELA ORIGINAL

DE

SERAFÍN PUERTAS

LAUREADA CON EL PREMIO

MARÍA BENITO TORRES

...

OPICINAS:  
CALLE FUENCARRAL, NÚM. 138  
MADRID

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 125-212
C.B.
20593
.....
.....

*¡Oh, la influencia social de la novela!*

*Es la novela el género literario más apto para la propaganda de las ideas. El novelista preparó no pocas veces las grandes revoluciones de los pueblos. En nuestros días la novela rusa—desgraciadamente extendida por España—había preparado la revolución comunista de aquel imperio, hoy en completa descomposición.*

*La novela española puede ser aquí firme baluarte del derecho cristiano, si los actuales poseedores de la riqueza, en cualquier grado, le prestan su decidido concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lecturas, con sus Bibliotecas PATRIA y de Cultura Popular, levanta en alto esta bandera, y llama a cuantos tienen algo que perder, a cobijarse a su sombra salvadora. ¡Quiera Dios que ninguno de los llamados falte a la cita, para su bien y el de la raza hispano-americana!*

JUAN DE DIOS T. AVISA (1)

---

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44 45 y 46.

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas a la autoridad de la Iglesia.

*La Dirección*



# OBRA LAUREADA

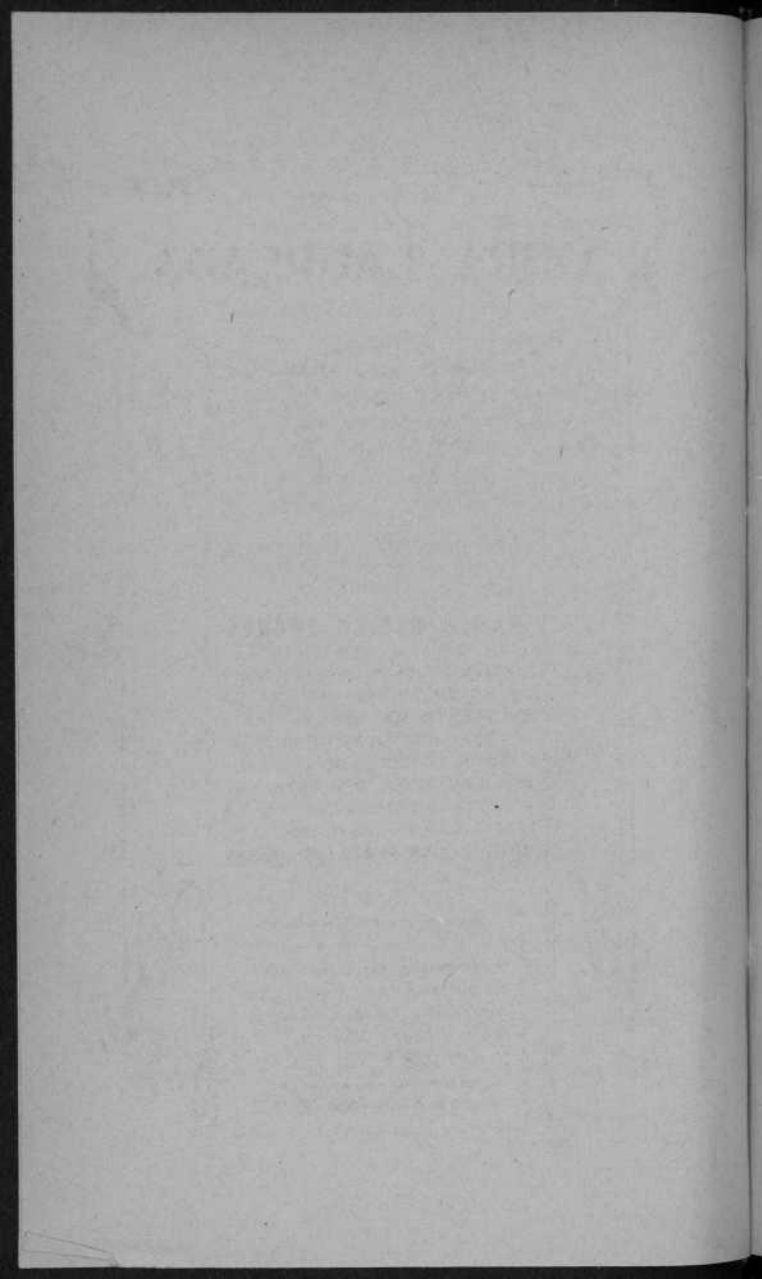
ESTA OBRA HA OBTENIDO EL  
PREMIO

**MARÍA BENITO TORRES**

INSTITUIDO EN MEMORIA Y HONRA DE SU DIFUNTA ABUELA LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA TERESA DOMÍNGUEZ DE BENITO, PARA EL FOMENTO DE LAS BUENAS LECTURAS, POR ESTA NOBILÍSIMA BIENHECHORA DE LA MORALIDAD, EL CASTICISMO Y EL ARTE EN LAS OBRAS LITERARIAS

*... y lo recordarán, elogiarn  
y bendecirán, los entendimien-  
tos que su lectura ilumine, los  
corazones que mueva, las aimas  
que fortifique y allmente.*

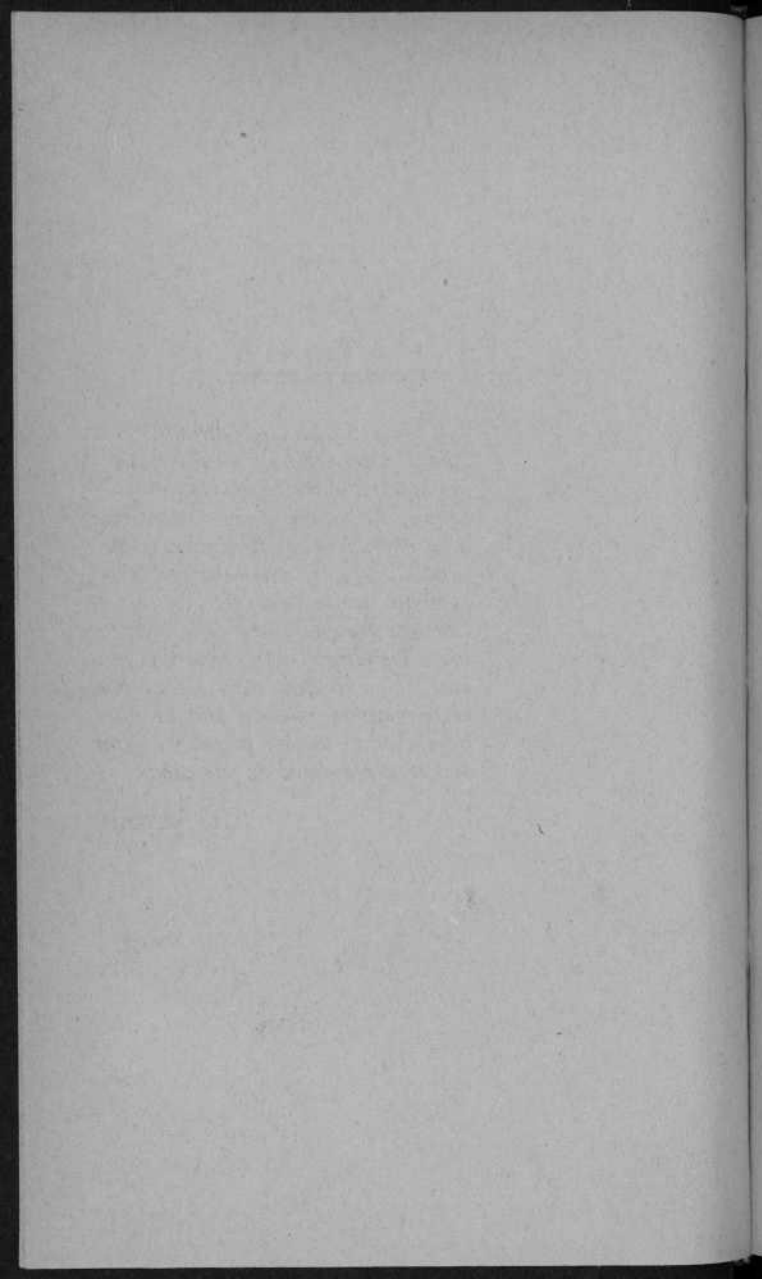
**ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ**  
ARZOBISPO DE TARRAGONA  
(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131)



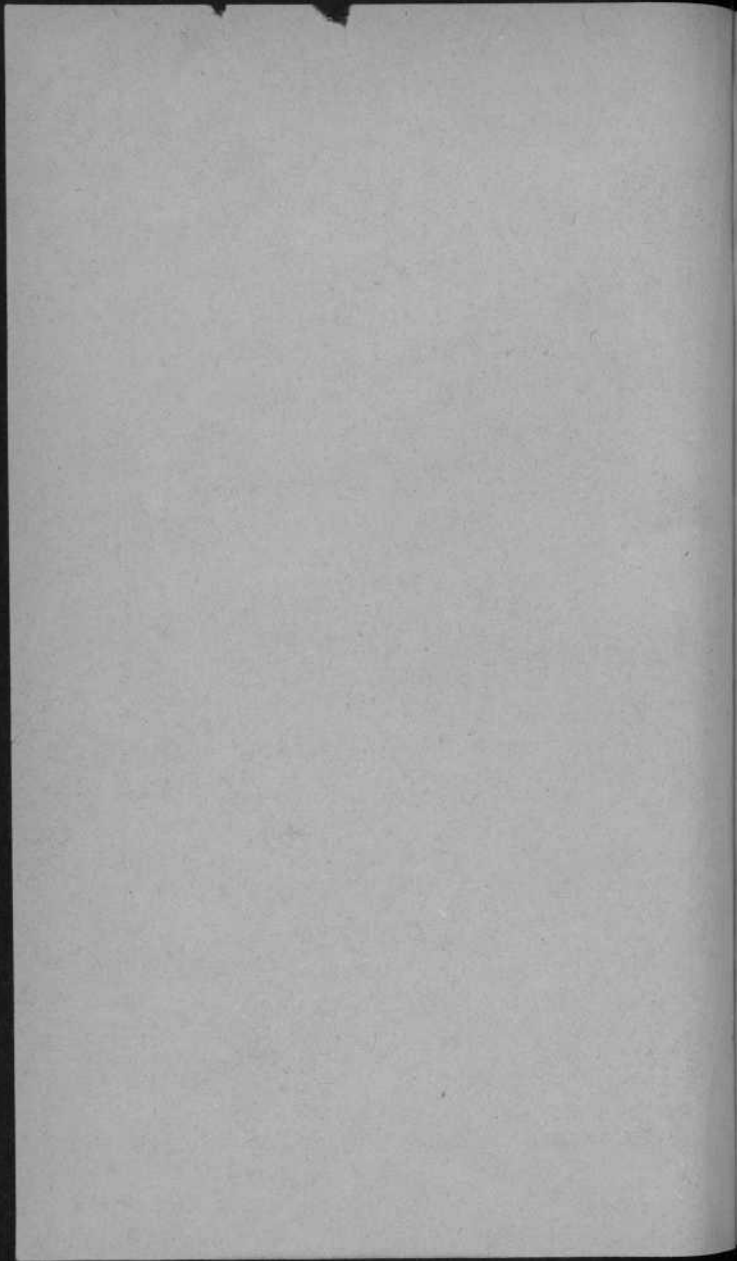
## DEDICATORIA

*A las señoritas de Quintanilla de Abajo y de Arriba y de Enmedio, a las señoritas de todas las Quintanillas, a esas tan discretas y amables señoritas, absurdamente despreciadas por pueblerinas, injustamente motejadas de simples y cursís, yo, que, por conocerlas tan bien, las tengo tanto cariño, dedico este librito que sólo acaso para ellas guarde interés, porque habla de su vida, de sus pequeños sucesos sentimentales de sus casas...»*

EL AUTOR



PRIMERA PARTE



«¿Qué haces, soltera vieja,  
que no te casas,  
y te vas arrugando,  
como una pasa...?»

**D**ABA sus frescas notas de alegría al ambiente de la tarde de Mayo, el cantar de las niñas que jugaban al corro.

Lucía levantó la cabeza de sobre su bastidor, girando en torno de sí la mirada; y sus ojos recogieron el encanto mágico de aquella hora del atardecer primaveral.

Pasaba junto a ella, por su jardín, el último rayo de sol de aquel día. Sobre las platabandas consteladas de pensamientos amarillos y morados tendían su oro pálido los postreros rayos solares. Los macizos de begonias carmíneas recogían la última caricia del sol; cada flor apiñaba su capullo como un primoroso estuche para guardar el beso de despedida de la luz, capullos semejantes a rojos corazones vivos. Salpicaban flores recién florecidas el follaje nuevo intensamente y frescamente verde del plantel de

jazmineros y treparadoras que se tramaban en la verja del jardín; y sobre estas flores nuevas de la nueva primavera se tornasolaba el postrer destello del sol, buscando acariciante, una a una, a cada flor, que, movidas por la brisa, parecían responder con trémulos movimientos de anhelo a la caricia solar; pequeño y peregrino mundo de flores contentas; gayo concurso de pintados pétalos, ofreciendo a porfía su belleza en la hora gloriosa del dorado ocaso; mirífica constelación de estrellas de colores: ya de suavísima y nítida blancura, de los jazmines diminutos; ya de granate, sangriento por tan encendido, de las fusias primorosas; ya de azul turquí, de las temblorosas campanillas.

Y el sol, despidiéndose de aquel jardincito florido, quiso también despedirse de su más delicada belleza, de su flor más hermosa: de Lucía. Buscó su cabeza y la besó en el rostro más primorosamente níveo que los jazmines, y en los ojos más bellamente azules que las cerúleas campanillas, y en los labios más frescamente rojos que las fusias de color de sangre.

Y como si también en su alma hubiera sido dado aquel beso de luz, el alma de la joven se sintió anegada de la mágica felicidad del momento. Toda la belleza del crepúsculo primaveral sentíala dentro de sí, como la suavidad y tibieza de una dulzura de optimismo, de una caricia de la vida, que en ciertos momentos accede a no ser fría, dura y amarga, y acaricia amorosamente los co-



razones. Y así el de Lucía ahora podía compararse a uno de aquellos capullos de begonia que se apañaban, como vivificados en una palpitación de felicidad, felices de recoger el último rayo de sol de un día.

Exultábase el alma de Lucía en una alegría inconsciente que no se dejaba analizar, influida por el ambiente impregnado de un misterioso e irresistible imperativo de gozo; el imperativo que hacía estallar bullicioso e incontenible el coro gorjeador de los pájaros que hacía las umbrías del río buscaban el dulce cobijo de sus nidos, a la hora en que se estaba poniendo el sol; el imperativo de felicidad que diluía en el ambiente de aquella hora una óptima paz, una hechizadora calma, una belleza embelesadora, que se entrometía en las almas, arrobándolas en suavísimos sentires; el imperativo de alegría que embriagaba de excesivo gozo cada sér de la naturaleza, cada corazón, cada pájaro, cada flor.

Pasaba entonces por todo el mundo una orden de embellecimiento y exultación; orden transportada por el último rayo de sol; y al *fiat* milagroso de este mandamiento, la naturaleza se engalanó de sus mejores galas para la fiesta del momento.

Unas nubes muy tenues, tendidas en lo más alto del cielo, comenzaron a teñirse de color de rosa y, luego más encendidas, semejaron sobre el fondo turquesa de la celeste bóveda mantos de púrpura, y luego lagunas de llama esplendorosa.

En occidente otras nubes más densas se coloraban acarminándose con tonos de sangre, como si el sol muriente se hubiese derretido en raudales de rubíes. Y el reflejo del ocaso, cielo arriba y por todo lo ancho de la bóveda hasta las lejanías de los horizontes, se iba descomponiendo gradualmente en tonos de escarlata, de fuego, de naranja, de oro, de bronces.

Dió entonces su más musical murmurio el sinuoso río que entre sus giros de plata engarza la aldea de Quintanilla. Del campanario de la iglesia cayó un raudal de tañidos argentinos, sonando el *Angelus*, y dando a entender que la aldea en sus horas de paz y alegría se acordaba del Cielo. Y entonces también en las frondas del bosque, que bajo su placentero dosel cobija la aldea, la brisa musitó sus más suaves rumores; y fué recitado por el incomprendido lenguaje de hojas estremecidas el ignorado poema de la hora feliz.

Hasta la bravía sierra de La Moronta, que ciñe el pequeño valle de Quintanilla en semicírculo de rocosas y escarpadas cumbres, tuvo también su momento de belleza; la hosca sierra de La Moronta, siempre sombríamente empenachada de brumas, recogió en sus picachos aéreos el reflejo del poniente; se engalanaron las quebradas guájaras, bañándose de un tenue fulgor, que esfumaba su visión como entre una polvareda de oro; los sombríos bosques de las abismáticas gargantas dieron al reverbero de la excesiva luz

del o caso unas suaves tonalidades opalescentes entre matices violáceos; se esfumaba en la hosca serranía la belleza tímida, fugaz, e insegura, milagro trabajoso y difícil de aquel instante que consiguió poner bellezas suaves hasta en los selváticos hoscos riscos de la severa serranía.

En la plazoleta frontera al jardín de Lucía las niñas, que jugaban al corro, prorrumpían en un bullicio de risas y voces, y este bullicio infantil, fundiéndose en el cantar de su juego, parecía ser el himno de la humanidad feliz, contenta de la vida, entonado por gargantas de niñas. Lo mismo que parecía que el himno de la naturaleza dichosa en aquel instante lo entonaba con incontenible alborozo el coro gorjeador de las avecillas que anidaban en las umbrías del río. Ambos, los dos coros, de pájaros y niñas, sonaban con igual dulzura musical, eran dos coros de gorjeos, ambos quizá expresaban lo mismo, cantaba el de las niñas:

«La vida es para amar  
y ser amada...

Vida bella, vida placentera, creada para tan hermoso fin como es el amor, vida óptima de doradas horas, de instantes mágicos que hacen a los corazones abrirse a las caricias de la felicidad, lo mismo que capullos de flores al sol; vida halagüeña y amable,

alumbrada de esplendores de ilusión tan esplendentes y áureos como el rosicler del ocaso en este ocaso primaveral.

Porque las almas se parecen mucho a esta naturaleza del mundo exterior; y si alguna vez tienen también sus horas anubarradas por celajes de tribulación, en cambio son también alumbradas miríficamente con derroche de luces apoteósicas por estas otras horas de color de rosa.

«La vida es para amar,  
y ser amada;  
¿por qué, soltera vieja,  
no estás casada?»

Saltaban las niñas en corro, grácil concurso de ángeles alegres. Florecía en sus movimientos toda la gracia femenina, sutil, aérea, casi incorpórea, casi espiritual, encerrada en los místicos vasos de sus ingravidos pequeñitos cuerpos de niñas. Giraban ellas en rueda al compás del cántico, trabadas las manos y tendidos los brazos en graciosa cadena, ideal joyelero que engarzaba niñas. Saltaban los pies minúsculos en la plazoleta, cuyo suelo estaba nacido de hierba, como si ésta exprofeso hubiese germinado para ser alfombra a los pies jugueteadores de esos pequeños seres que sin ser casi humanos, casi son angélicos, y gustase la herbórea

vegetación, esmaltarse con aquellas raras flores de humanidad, que son las niñas.

Las infantiles cabezas tremolaban al aire sus melenas desprendidas y aleteadoras en el ajetreo del juego; saltarían también los pequeños corazones en alborozo inconsciente, e inconscientemente también encontrarían la vida placentera y encantadora. Oyéndolas este cantar que la costumbre las hacía entonar en sus juegos de esta hora, se pensaría que la vida, desairada en su ofrecimiento de felicidades, lanzaba contra la mujer envejecida sin amar, un insulto que sonaba con muy amargo eco pronunciado por labios pueriles.

«¿Qué haces, soltera vieja,  
que no te casas,  
y te vas arrugando  
como una pasa...?»

Rióse Lucía de sí misma: ¿Pues no estaba, sin darse de ello cuenta, cantando como las niñas? ¡Qué niña ella también! A pesar de sus veintidós años la estaban dando ganas de pegar un trastazo a su bastidor, abrir la verja del jardín, plantarse en la plazoleta, colocar sus manos entre dos manos de niña, y saltar sobre el césped también, y también cantar a grito pelado, con voz que sonase picaresca el ingenuo insulto lanzado a las solteronas en el poético crepúsculo de Mayo,

en la hora purpúrea en que la naturaleza parece engalanarse para hacer feliz la vida, el insulto a esos seres, tal vez los más desgraciados de la tierra que parecen extraños a la vida, a los cuales no les ha sido acaso posible cumplir su destino de felicidad: casarse.

«Mírese en un espejo  
la solterona;  
verá cómo ya tiene  
cara de mona...

Parecía que era ayer cuando también ella en aquella misma plazoleta saltaba al corro, en semejantes atardeceres de primavera, a la salida de la escuela, recién comida la merienda de exquisito arropo, extendido sobre una rebanada de pan, o llenos los bolsillos del delantal de golosa fruta, (¿cómo no gustarán tanto los dulces y la fruta de mayores?) Sí, parecía ayer... y ya, las niñas, con quienes jugó al corro, eran mozas casaderas, y casadera iba siendo ella... muchas de aquellas ya se habían casado, y casada podía estar ella también. A los veintidós años ¡oh fenómeno del deseo de casarse! casi se empieza a ser soltera vieja...

«¿Qué haces, soltera vieja,  
que no te casas...?»

He aquí que el tiempo corre sin ser aper-

cibido,—pensaba Lucía,—y hoy... voy camino de ser soltera vieja. En un sueño puede pasarse este tiempo; y como hoy me parece ayer aquel tiempo de la infancia, puede parecer también ayer en el mañana este tiempo de ahora.

«... y te vas arrugando  
como una pasa...

Pero las sombras de sus incipientes recelos fueron de pronto desvanecidas en una ráfaga de luz auroral, que sobre su alma proyectó un recuerdo muy querido... el recuerdo de Ramonchu, que estudiaba en Madrid, de Ramonchu el ahijado y protegido del papá de ella, y para ella destinado, destinado sin duda; era éste un presentimiento antiguo y profundo, una corazonada de toda la vida, y el corazón que durante tantos años predice una cosa, no engaña al fin.

«Mírese en un espejo  
la solterona...

Cantábalo Lucía a la sordina, con ganas de romper en carcajadas; rebuscó en la almohadilla de sus sedas y utensilios de bordar, y puso ante su cara el diminuto espejo, inseparable compañero de su belleza, naturalmente un poco vanidosa.

«Mírese en un espejo  
la solterona,  
verá cómo ya tiene  
cara de mona.»

Cara de mona...

El insulto se lo devolvió el espejo con la expresión picaresca de la cara que se burla a sí, y se llama fea porque se sabe muy guapa. La devolvieron burlona mirada los cerúleos ojos medio guiñados, lanzándola a través de las tupidas pestañas sus vivos reflejos de amatista. En la risa de la burla a sí, la cara fresca se contraía, y, sobre su tersura sedaña, momentáneamente se diseñaron graciosamente hoyuelos y arrugas. ¡Que sólo las arrugas de la risa en las caras juveniles son graciosas! Y los labios rojos y gordezuelos dibujaban un mohín encantador de burla.

«¿Por qué, vieja soltera  
no estás casada?...

Soltó Luisa una risotada. Escondió el espejo en su sitio. ¡Qué chiquilla era! ¡Si alguien la hubiera visto, ¿qué diría de ella?

Miró con sobresalto en torno de sí, a los balcones de las casas inmediatas, a la plaza... Nadie, nadie la había visto aquella chiquillada de hacerse muecas a un espejo.

Las niñas se habían ido ya, como una bandada de pájaros, que hubiese levantado el vuelo. Quedó la plazoleta en silencio, algo



triste. Oscurecía ya. En el cielo las nubes se decoloraron, y ya no eran rojas, sino lívidamente cárdenas.

Entonces, al otro extremo de la plazoleta, se abrió un balcón y apareció una figura de mujer, que se acodó a la balaustrada.

—Es ya la hora del correo,— pensó Lucía —ya sale Genoveva a ver venir al cartero, a esperar la carta del novio.

Era en efecto la presencia de Genoveva en el balcón tan puntual cada día, que servía de horario. Estas señoritas de Quintanilla, cuando están enamoradas, esperan de esta forma las cartas del novio ausente. Genoveva un día y otro, durante todo el año, allí en aquel sitio esperó, siempre puntual a la hora, la venida del cartero. Durante el invierno era ya noche cerrada a esta hora; y la figura de Genoveva se dibujaba acodada al balcón, ya en el nítido ambiente gélido de la helada; ya esfumada tras los velos de los aguaceros hiemales. ¡Ahí era nada! ¡Ver unos segundos antes al cartero! Y ¿quién tenía sosiego para esperar en la encerrona de cuatro paredes, y sin tener dónde mirar, con la vista sólo fija en un reloj, que parece parado de tan lento... Ahí era nada... el grato sobresalto del corazón al oír, lejanas aún, unas pisadas sobre las lastras de la calle... ¿sería el cartero, no sería?... y columbrar al extremo de la calle una silueta confusa, de hombre entapujado que se acerca... ¿sería el cartero?... y la borrosa silueta ir adquiriendo contornos definidos... ¿el cartero?...

y por fin, ya cerca, reconocerle... por mil fútiles detalles: la forma de ir embozado, la tosecita garrasposa de viejo algo asmático, el balanceo de los hombros al andar... ¡el cartero, el cartero!... ¡Y ver cuál es extraída de debajo de la manta la cartera de cuero que cruje al ser abierta, y de allá, de su amable fondo, cariñosamente guardador, salir la carta querida y anhelada, la carta que venía a las manos convulsas, desde la remota capital de la provincia, donde el novio vivía.

Ahora en mayo era entre noche y día cuando llegaba el cartero; y su llegada era para Genoveva el culminante momento de poesía en el crepúsculo primaveral.

¡La carta del novio! Pensó Lucía con qué anhelo estaría su amiga Genoveva esperando todo el día esta hora, viviría deseándola, convirtiendo este momento tan ansiado en centro alrededor del cual girase todo su tiempo, lento, angustioso plazo necesario para que llegase el instante feliz de la venida del cartero; interminables todas las otras horas del día y de la noche en el tardo giro hasta llegar a esta otra hora, eje de rotación de toda su vida, polo de todas sus ansias y atracciones, centro del círculo convergente de todos sus pensamientos y deseos. ¡De verdad que el amor es tiranuelo para estas señoritas que moran en la recóndita y mísera aldea de Quintanilla de Abajo!

Tarareaba Lucía la cantilena infantil, cuya musiquilla siguió siendo obsesión de su oído:

«La vida es para amar y ser amada...» El amor, fin de la vida, es necesidad vital para las almas. ¡Que dijera Genoveva si podría pasarse un solo día su alma sin este diario pan espiritual, pan de amor, de la carta de su novio! La vida es para amar... He aquí que llega un día en que suena una hora, cuyas campanadas parecen promulgar solemnemente, irrevocablemente la ley del amor; una hora desde la cual empieza el amor a contar la era de su reinado sobre un corazón. ¿Qué poder hay que sea capaz de contener la floración del capullo para quien ha sonado en el tiempo la hora de abrir el botón de sus hojas a la caricia de un rayo de sol? ¿Y qué poder sería capaz de detener, a la hora del amor, la efloración del capullo corazón de la mujer?

Lucía observó las andadas del cartero de puerta en puerta por las casas de la plaza. Siempre veía al cartero con algo de emoción irse acercando de puerta en puerta a la de la casa de ella... y siempre viéndole se preguntaba: ¿traerá hoy carta de Ramonchu?

Ramonchu, el hijo de Braulia, ama de llaves de la casa, el estudiante protegido del papá de Lucía, escribía de tarde en tarde, cartas lacónicas, al final de las cuales había siempre una línea para la joven. ¡Ay! esta línea de cuatro o cinco palabras vulgares, de mera cortesía, qué tumulto de pensamientos metía dentro del alma de ella; qué florescencia de ilusiones germinaba en su corazón. lo mismo que un rayo de sol de abril concita

en el prado la súbita floración de una constelación de florecillas.

—¡Cartal!—dijo la voz del cartero a la verja del jardín.

Tuvo Lucía la cerrada carta de Ramonchu, cuya letra conocía tan bien, entre las manos con cariñosa delicadeza; luego, saltando de alegría, entró en casa, diciendo con alborozadas voces:

—Papá... papá... ha escrito Ramonchu... hay carta de Ramonchu...

\* \* \*

Don Ramón, el papá de Lucía, se quitó las gafas que se había puesto para leer la carta de su ahijado, las soltó sobre la mesa con ademán nervioso, y clamó con voz alterada por la emoción y con un gesto de estupefacción profunda en el rostro.

—Pero... hija... ¿sabes lo que dice Ramonchu en esta carta?

—¿Qué dice, papá, qué dice?

Don Ramón permaneció en silencio; se diría que la emoción no le dejaba hablar.

Lucía quería adivinar en el rostro de su papá la tan estupenda noticia de la carta. Le miró a los ojos agrandados por el gesto de sorpresa; sus pobladas cejas canosas se contraían deshaciendo las líneas de su forma, violentamente enarcadas en la calva frente; su boca se entreabría para dar escape a una

interjección admirativa, que no salió por exceso de admiración.

El viejo don Ramón era muy admirativo, muy emocionable. Su voz sonaba siempre alterada, pródiga en flexiones y cambios de tono; cantarina de tan expresiva. El corazón de don Ramón se dejaba arrebatarse fácilmente por exaltaciones súbitas, no dominó nunca sus afectos o sus antipatías; nunca disciplinó sus sensaciones, ni puso orden en sus emociones exageradas, era juguete de la primera impresión. Extremaba sus sentimientos del momento; y formulaba con rapidez, rotundamente, sus juicios, como si, más que sugerencias del momento, efímeras, instantáneamente fugaces quizá, fueran producto de convicciones largo tiempo arraigadas, despacio aquilatadas por el lento transcurso del tiempo, rumiadas y asimiladas en laboriosas reflexiones.

Por eso, aunque tenía prurito de juzgar a cuantas personas caían dentro de su trato, era mal juzgador. Era el suyo un juicio de primera impresión, rápido y por tanto falso casi siempre. A sus tres hijas, Ramona, Amelia y Lucía, les tenía juzgadas, de remotísimo tiempo atrás, y juzgadas, por supuesto, falsamente, y con juicio, por supuesto también, irrevocable. Ramona, la hija mayor, casada hacía bastantes años con un hacendado propietario de Traslá Moronta, según él, fué y había de ser siempre, una bruta, con menos raciocinio que una viga.

La segunda hija, Amelia, casada en la ca-

pital de la provincia, en el concepto de él era una casquivana, una señorita estúpida, llena de aire la cabecita de estornino. Para Lucía, la hija menor, se suavizaba un poco su atroz juicio, y la reputaba una sensiblera digna de lástima, con sus insustanciales alegrías pueriles, con sus penitas de señorita de pueblo, que llora tocando al piano.

Este juicio era incontrovertible e inmodificable. Era el viejo un formidable porfiador, un machacón incansable. Metía a martillazos de voces contundentes sus propias ideas en el cerebro de sus interlocutores. ¡Desgraciado del que le llevase la contraria! Le hacía tragar la idea adobada de mil maneras, figurada de mil formas, presentada en mil aspectos; en brega de incansable discusión, era suyo siempre el campo de la disidencia por milagro de la superabundancia de sus razonamientos conclusos, rotundos, enérgicos, duramente tallados como bloques de mármol.

Si se achacaba este su modo de ser ahora en la ancianidad a chochez, habría que convenir que don Ramón estuvo chocho toda su vida, porque siempre tuvo tal carácter. Estos caracteres tan duramente tallados, tan recatamente esquinados, tan escuetamente escorzados, son inmodificables; el transcurso de la vida se quiebra en las recias esquinaduras de estos temperamentos pétreos, eternamente uniformes, insusceptibles de melladuras ni abollamientos ni deformaciones.

Más que por el influjo de su posición so-

cial de acaudalado terrateniente ejercía en la aldea de Quintanilla de Abajo una despótica hegemonía por su manera de ser. Era hegemonía en el orden de ideas; en todo Quintanilla se había de pensar como él; y se pensaba en efecto: este fué el éxito de su recia laringe, el triunfo de sesenta años de dar voces, el precio de su vida discutidora.

A una hora del día sobre todo sonaba en Quintanilla la voz del viejo don Ramón, como truenos que no admiten réplica: a la hora de leer el periódico. Era cosa de preguntarse: ¿por qué este señor lee ningún periódico? Los mayores disgustos de su vida se los proporcionó el diario. ¡Malhaya la hoja impresa! Porque como el periódico no consultaba su modo de pensar, había diariamente un choque de cataclismo que se sustanciaba en la atronadora tormenta de las voces del lector. Esto de ver impresas en letras de molde ideas contrarias, alzaprímaba a don Ramón; le era intolerable esta especie de superioridad del periódico en la contienda, del periódico cobarde, que sin voces, cómodamente le rebatía; y se encalabrínaba el viejo al considerar con qué profusión y expansión el papelucho le iba llevando la contraria no sólo en todo Quintanilla, sino en toda la provincia, en toda España... hasta en América. Y el despecho del viejo lo pagaba el ejemplar que caía entre sus manos... de entre éstas siempre salía estrujado, desgarrado, escupido...

No se crea con esto que don Ramón era

un eterno displicente, un descontentadizo, un regañón... Nada de eso. Quien no le conociera le creería siempre malhumorado; pero no; su alma recorría, y con brevedad asombrosa, toda una gama de sensaciones varias y hasta paradójicas; efectuaba súbitamente el tránsito de un sentimiento a otro, con flexibilidad y agilidad funambulescas, con saltos absurdos de arlequinesca dislocación.

El engaño del que a primera vista le juzgase tenía su razón de ser en que la múltiple emotividad del señor no se manifestaba más que de una sola forma: voceando. Aquella alma sólo tenía en su órgano de expresión este registro *fortísimo*: el vocear. Sus voces eran la válvula de escape de sus emociones explosivas e irruyentes.

Pero los de casa le conocían bien, y sabían que el agrio voceador y tempestuoso regañón y descontentadizo era en el fondo un buen viejo que lo mismo voceaba en sus alegrías, casi infantiles, que en sus enfados, borrascas detonantes, pero muy pasajeras.

Sus voces eran complemento necesario en la casa; cuando faltaba de ella estaban todos como sordos, echando de menos algo: el rezongueo del viejo subrayaba como acompañamiento necesario el concierto de la vida en aquel hogar de menudos sucesos monótonos que armonizaban la felicidad casera.

Los nombres de todos habían sufrido en los labios de don Ramón una dislocación de nomenclatura, adoptando forma de absurdos



augmentativos o diminutivos, que de cierto modo expresaban el juicio arbitrario que le merecían.

Y así a la *bruta* Ramona la llamaba *Ramona*; a la *casquivana* Amelia, *Melita*; a la *sensiblera* Lucía, *Luchi*.

A Pilar, la sobrina huérfana y pobre, recogida en casa desde pequeña y que ahora, en calidad de doncella de Lucía, mostraba un dulce carácter de humildad y mansedumbre, la había desfigurado el nombre llamándola *Pirula*, la *Pirula* insignificante, incolora e inodora, más sin sustancia que la miga de pan, más sosa que el barro, siempre abobada, callada e insensible, una sansirolé, una *Pirula*...

La gruesa ama de llaves, la monumental Braulia, llevaba de mote familiar la *Braulona*.

—Pero, *Luchi*, hija... ¿tú sabes lo que en esta carta comunica *Ramonchu*; ¿tú sabes?...

—Pero, ¿qué dice?... Te complaces, papá, en atormentar mi curiosidad.

*Ramonchu* era la chochez más exagerada de don Ramón. Desde pequeño, el hijo del ama de llaves había ganado el corazón de su protector y padrino.

La vieja Braulia había servido siempre en la casa, desde moza. Sólo dejó de pertenecer a la servidumbre de don Ramón durante una breve temporada, durante la cual estuvo casada. Enviudó en seguida y volvió a entrar en la casa, trayendo consigo un rorro, fruto

de su breve matrimonio. Esta criatura estaba llamada a hacer chochea a su padrino.

Don Ramón sólo había tenido hijas; cuando enviudó le exasperó la idea de que ya no podría tener un hijo. Para colmo de su exasperación le cayó una tutoría de un menor... por si eran pocas fulanas, una más: la ahijada Pilar.

Así es que el hijo del ama de llaves cayó en la casa con graciosa oportunidad. ¡Suerte de la criatura! El pequeño Ramón, habiendo realizado a medias la ilusión del señor de tener un hijo varón, acaparó todas sus caricias y entusiasmos. Se diría que don Ramón le amaba más que a sus hijos propios.

Llevaba al pequeño a todas partes consigo, a sus tertulias de café, en sus viajes a la capital; y por doquier le presentaba a sus amigos y conocidos, con entusiasmo de chiflado, creyendo que todos iban a envidiarle:

—¿Eh? Este mozo... ¡qué planta tiene de hombrecito Ramonchu, es tocayo mío... ¿eh? qué cara de talento tiene!...

Esto del talento de Ramonchu era su muletilla machacona. Las gracias más triviales del pequeño eran, para el padrino, pasmosas agudezas, rasgos acusadores de un genio precoz, chispazos de una futura lumbrarada.

Esta sola vez en la vida acertó don Ramón en su juicio y vaticinios, porque el pequeño salió de muy clara inteligencia. Cursó el grado de bachiller con lucimiento extraordinario. Cuando cada año venía a casa el estudiante con sus notas de sobresaliente, gri-

taba el padrino:—«Pero, *Braulona*, ¿no te entusiasmas? Pero, bruta, vamos a ver... con que es decir que es *casi* más hijo tuyo que mío... ¡y no te vuelves loca de contenta!...»

Braulía se encogía de hombros: no llegaba a comprender muy bien este mérito de las letras; a ella que no la sacasen de la cocina, ni de la rutina de los quehaceres caseros; por lo demás, no alteraban las vociferaciones del amo su pasividad de gorda ignorante, que encuentra muy cómodo dejar hacer, y que el señor se encargase solo y sólo se entusiasmase con aquellas cosas de su hijo.—«Pero, ¿no te entusiasmas, *Braulona*?»

Él sí se entusiasmaba, hasta la exageración. Besuqueaba y estrujaba a abrazos al bachiller, que recibía aquellas explosiones muy seriecito, como un pequeño hombre, consciente de merecerlas, y que se siente capaz de contraer mayores méritos.

En efecto, terminados sus cursos de bachiller, un buen día expuso a su padrino y protector que le escuchó boquiabierto: Pensaba estudiar leyes; iría a Madrid, y allí se colocaría de escribiente en cualquier bufete de abogado para costearse sólo sus estudios, no quería ser más gravoso a su protector.

No pudo éste responder de la emoción.

—Sí, y hasta no ser ya hombre de carrera no volvería por el pueblo.

Don Ramón llegó al paroxismo de la emoción; incapaz de expresarla con palabras atronó la casa con vociferaciones; sobó y

resobó al jovenzuelo sesudo y trabajador, y sólo por no quitarle la ocasión de adquirir la gloria de hacerse hombre por sí sólo, accedió a sus deseos. — «¡Qué muchacho, Santo Dios! ¿Pero no te entusiasmas, Braulona?

Ramón se había hecho abogado en Madrid, con glorioso lucimiento de notas. De vez en cuando llegaban cartas de él dirigidas a su madre, pero escritas más bien para don Ramón, que siempre era el que las leía, —Braulia no sabía leer,—entre explosiones admirativas. Don Ramón las contestaba, colmándole de elogios superlativos, hasta de insultos cariñosos: «el ingrato que no quería ya nada con la casa en que se había criado; el orgulloso que estaría pasando privaciones por no humillarse a pedir dinero...»

También le incluía muchas veces en la carta billetes de Banco. Pero Ramón protestaba que no los necesitaba, que se las arreglaba muy bien con sus destinos en notarias o escritorios.

Después de licenciarse en leyes, se doctoró; y después de doctorarse se empeñó en unas oposiciones a la Judicatura, y el resultado de estas oposiciones era el que hoy comunicaba en la carta que leía don Ramón entre inusitado aparato de exclamaciones y asombros:

—Pero *Luchi*... ¿sabes lo que aquí dice Ramonchu?...

—Papá... tú hablarás al fin, si quieres...  
El papá se volvió a engarabitar las gafas

tras las orejas, volvió a coger la carta, y leyó en alta voz, temblorosa:

—«Madrid, a 15 de mayo de... ¡Braulona, Braulona!...—voceó de repente, interrumpiendo la lectura.

Lucía estaba en ascuas. Vino Braulia al despacho, balanceando su enorme vientre revestido de un amplio mandil azul de cocina; se llegaba sin prisa y sin impacencias, moviendo pausadamente sus piernas gordas, basculando su corparrón desgovernado, cruzadas las manos sobre el abdomen fenomenal, sonriendo con toda la cara bonachona:

—¿Qué dice Ramonchu, qué?

Y acudió también Pilar, la doncella de Lucía, la mansita *Pirula*, que tendía su carita morenucha e insignificante con atención, quizá afectada para agradar al tío, que nada encontraba en ella nunca agradable.

—Oid, oid todas...—se ahuecó solemnemente la voz del viejo—Ramonchu... nuestro Ramonchu...

Entonces se le veló un poco la voz; se urgó con un dedo por debajo de los cristales de las gafas los ojos, tal vez para enjugarse alguna lágrima furtiva, y prosiguió:

—Nuestro Ramonchu... es... Juez...

Hubo un corto silencio.

Lucía al fin exclamó muy bajo:

—¡Ah!

Y también *Pirula*, tal vez por impulso imitativo profirió:

—¡Ah!

Braulia nada dijo; permaneció boquiabierta, como si no lo creyera... como si no bastase a hacérselo creer aquel papelucho de la carta...

—¿Lo habéis oído?... ¡Juez! ¡Señor Juez! Ramonchu es todo un señor Juez... ¿Pero no te entusiasmas, Braulona...? ¡Ah, bruta, alcornoque, zopenco!...

\* \* \*

—No; esta noche no puedo rezar...—pensó Lucía, absolviéndose a sí misma,—estoy muy disipada, ¿me perdonará la Virgen?

La perdonaba, sí, la Virgen buena, Madre del Amor Hermoso, amante madre de las puras doncellas. Desde el altar, que era un gayo trono de flores, bajo el dosel de gasa argentina, como alba niebla matinal, entre los paramentos azules, sutiles como girones de cielo, la Virgen Doncella la mandaba con la mirada el perdón a esta otra doncella que cometía el *pecadillo* de rezarla las «Flores de Mayo» con el alma algo distraída por ensueños de amor terrenal. Pero aunque terrenal, era tan puro este amor, que sonreía indulgente a Lucía la pura Madre del Amor Hermoso.

Caían del órgano sobre la iglesia oleadas de lenta melodía; anegaban la nave del templo las cadencias suavísimas de notas largas, sucediéndose lánguidas en una suce-

sión sin frase ni motivo, cual melodioso balbuceo intraducible del alma anegada de una felicidad que no puede ser expresada por palabras.

Estaba el templo en esa plácida oscuridad tan propicia a los ensueños del alma; y en las frentes juveniles de las castas «Hijas de María» tejían los pensamientos el innarrable poema de dicha de aquel instante, anegado por las dulzuras místicas de una religión tan consoladora y finamente poética, que hace entrar en culto, como práctica agradable a la Madre de Dios, la oferta de sencillas virtudes, de ingenuas oraciones, de esperanzas luminosas y de inocentes ilusiones, bajo el símbolo de flores: «Venid y vamos todas—con flores a María— que Madre nuestra es...»—Y a María, madre de las doncellas puras, ofrendaba Lucía las flores de las ilusiones de toda su vida, que se cifraban en un nombre: Ramonchu.

En lo más interior del alma se erguía la imagen de Ramonchu sobre un altar muy recóndito, muy secreto, muy inconfesado a nadie... y a cada carta que de Ramonchu se recibía este espiritual y secretísimo altar se cubría de flores... de flores de ilusión y de esperanza.

Estas cartas sólo traían, dedicada a ella, una línea de cortés recuerdo; esta línea decía invariablemente: «afectuosos recuerdos a la señorita Lucía».

Pero Lucía leía muchas cosas en estas

palabras, que cualquiera tomaría por mera fórmula de cortesía fría y trivial.

Tenía la joven muy presentes en la memoria los ratos de confianza íntima habidos entre ella y el estudiante en los días que antecedieron a su última partida para Madrid.

Tantas veces había repasado en la memoria estas confianzas, las palabras que le oyó, el férvido acento con que él las pronunció; tantos ratos había meditado sobre su significación, tanto había pensado en el estudiante, que no solamente tenía vigorosamente grabada su imagen en el recuerdo, sino que hasta profundizaba las más hondas intenciones y sentires de su alma.— «A usted sola lo confieso, señorita Lucía, yo me haré hombre de prestigio. Ahora no soy más que un humilde protegido, el hijo de la Braulona, el estudiante pobre a quien la generosidad de un excepcional protector paga la carrera... Créame, señorita Lucía, en gran secreto se lo digo, si mi gratitud no fuera tan grande que es poderosa para sofocar todo otro sentimiento, esto usted sola lo sabe, hasta... me avergonzaría de mi calidad de protegido, porque yo soy muy especial...»

Si, muy especial, Ramonchu.

Parecía a ella estarle viendo tal como era cuando marchó: siempre austeramente vestido de negro, con sus diez y ocho años ofrecía grave aspecto de circunspección y mesura. Su cuerpo de jovenzuelo tenía ac-



titudes calmosas; todo revelaba en él al pensador, al juicioso, al grave; sus ojos estaban siempre velados de natural modestia, y en su rostro, difícil a la sonrisa, se plasmaba habitualmente un gesto de seriedad. Recogido de diversiones, enemigo de las tumultuosas fiestas propias de la edad, se comportaba siempre como un viejo; siempre con libros en la mano, siempre buscando la soledad.

Y cuando Lucía venía a él, risoteando y turbando su apartamiento con algazara y griteríos, entonces él, con sonrisa de resignación, se dejaba arrancar de entre las manos sus libros, y profería:—¡Si tengo mucho que trabajar, señorita Lucía; si tengo que hacer mucho para llegar a ser algo, porque ahora no soy nada!...»

Solamente Lucía era capaz de arrancarle de su apartamiento estudioso; sólo ella era capaz de quebrar en la cara de él las rígidas líneas de la habitual seriedad; sólo ella la que rompía su mutismo. Ejercía poderoso ascendiente sobre él. Y aquel gran taciturno, aquel gran hurraño de alma insondable, por un milagro del influjo de Lucía, la había constituido en único sér confidente: sólo, pues, en los oídos de Lucía sonaban francamente efusivas las palabras de Ramón, con esa fuerza expansiva que por ley natural de compensación desarrollan las palabras cuando se desbordan del alma de un taciturno tras de larga contención. Este gran trabajador, este vehemente ambicioso

sentía de vez en cuando la necesidad de desfogar el pecho de sus abrasadores anhelos; de recitar en alta voz el sordo monólogo que dentro de él se entretenía a todas horas; de lanzar ante sí, al aire, como un reto de su gigante esperanza, de su esfuerzo heroico, los planes con que pensaba conquistar su porvenir, y entonces los oídos de Lucía recibían las férvidas confidencias del luchador.

La joven le oía, pasmada de admiración por él, e interiormente daba la razón a su papá, acordándose de las palabras que éste la había dicho en muchas ocasiones, señalándole a Ramón, estudiando en el silente refugio del jardín. «¿Le ves? ¡Ramonchu! De esa *madera* se han hecho los grandes sabios. ¡Ramonchu! Así han sido a los 18 años los hombres genios, los hombres cumbres. ¡¡Ramonchu!!!...»

Una vez el padrino le había abordado con una proposición desconcertante, delante de Lucía, espetándole de improviso estas palabras:—Vamos a ver, Ramonchu, osezno hurraño, pero ¿es qué vas a ser cartujo? ¿o te piensas tragar toda la ciencia del mundo? ¿Por qué no vas al casino y al baile, y a presumir de buen mozo al paseo entre las chicas...? dí, Ramonchu, ¿tienes novia?...»

Nunca jamás se le olvidaría a Lucía cual se puso Ramón de colorado, y cómo, dominando en breves instantes su primera turbación y bochorno, contestó con aplomadas palabras: «No, padrino, hoy no... ¿a dónde

voy, si no soy nada todavía?... pero mañana... mañana...» Y en el aire se quedó el proyecto del mañana; sus ojos dieron un brillo de ardentísima fe en aquel «mañana», y se posaron furtivamente sobre Lucía. Ella bien advirtió esta ojeada soslayada. ¡Ay! luego, después, sintió ella que esta mirada había sido un rayo que la había herido el corazón para toda la vida; clavada se la quedó esta mirada, y en los ensueños juveniles sobre ella caían aquellos ojos brillantes de férvido anhelo por la conquista de una posición ilustre, y en sus oídos sonaba aquella voz cálida vibrante de esperanzas... «mañana... mañana... hoy no, que no soy más que el estudiante pobre, el protegido... pero mañana, mañana...»

Y carta por carta fué sigulendo Lucía la lenta marcha ascendente del formidable estudiante ambicioso, el proceso heroicamente continuo hacia adelante, la brega del oscuro conquistador, el forcejeo del humilde, del protegido, del hijo de la Braulona, por subir, por alcanzar hasta... ella, sin duda, hasta Lucía, la hija del amo y protector. «Mañana...—interpretaba Lucía—mañana... hasta seré quien para de igual a igual, sin sonrojos, decirte, padrino, que tengo por novia a tu misma hija». ¡Ay, aquella mirada!

En cada carta nunca faltaba aquella línea dedicada a Lucía: «Afectuosos recuerdos a la señorita Lucía»; y estas palabras que para todos serían mera fórmula de urbanidad, cuánto la daban qué pensar y qué soñar a

ella... Las interpretaba así: Ya ves, Lucía, tú que eres mi única confidente, tú a quien yo miraba al emprender esta ruta como resumiendo en tí mi suma de esperanzas y ambiciones; tú, Lucía, que eres la única poseedora del secreto de mis íntimos anhelos por subir, ya lo ves, antes hablaba, ahora ejecuto, esta es mi marcha hacia arriba, hacia tí... llega, llega ya aquel «mañana».

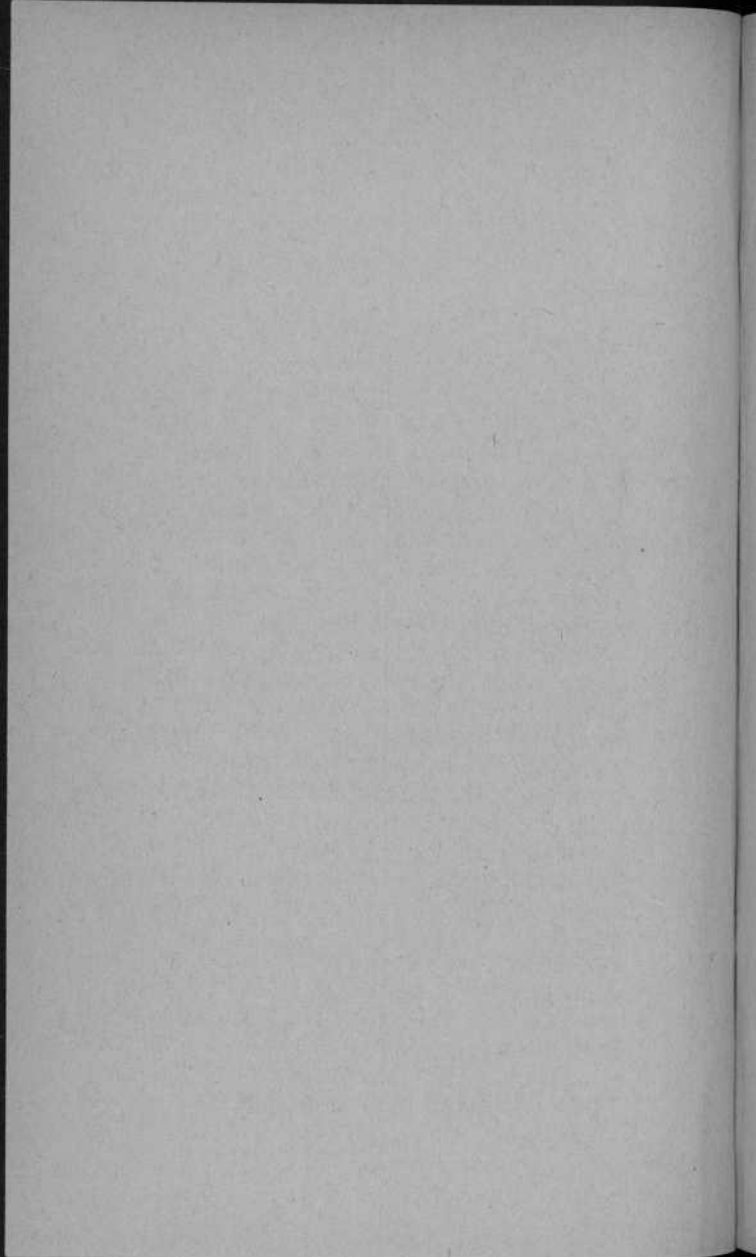
Y el «mañana» llegó, para el oscuro estudiante, que ya en la carta de hoy pudo dar a su firma el brillante prestigio de la de un Juez. Y al final de la carta estaba estampada la obstinada línea, línea secreto memorándum, línea jeroglífico, línea de misteriosa elocuencia: «Afectuosos recuerdos a la señorita Lucía».

Se arrancó de nuevo a sus distracciones la soñadora Lucía, intentando recogerse y seguir con atenta devoción el ejercicio pío de las Flores. Había en aquel instante un silencio profundo en la iglesia; vió Lucía a sus compañeras las «Hijas de María» en mística actitud de abstracción reflexiva cruzadas las manos, un poco inclinadas las cabezas. Cayó en seguida en la cuenta de que estaban trascurriendo entonces los diez minutos de meditación del ejercicio. Junto a sí, vió a su doncella Pilar, la humilde *Pirulla*, en devotísima actitud, la más insignificante de todas, con su trajecito oscuro, con cara morenucha y felta; también era ella, aunque la última, Hija de María, y también María la miraba desde el altar con amoro-

sos ojos, quizá con más amor por ser la última, la *Pirula*.

La decana del coro de Hijas, que era ya una anciana muy proveccta, recitó con su cascada vocecita las preces finales. Luego en el punto de silencio para la particular petición de la gracia individual Lucía pensó, mirando a la decana: ¡Dios mío! una Hija de María con canas, al borde de la vida, ¿qué tendrá que pedir a la Madre del Amor Hermoso? Y luego fijándose en Pilar: «¿Y esta *Pirula*... tendrá esperanzas... ilusiones... en su vida oscura? ¿Qué pedirá a la Virgen?»—Y volviendo a sí:—«Virgen Santa—imprecó,—lo primero te pido perdón para mis distracciones de esta noche; luego, Virgen querida, Ramonchu va a venir, va a venir Ramonchu...»

No se atrevió a seguir, temiendo que fuera en exceso profana su petición, alzó sus ojos a María, como si se lo quisiera decir sólo con la mirada; y desde su trono de flores la sonreía la dulce Madre del Amor Hermoso...



La casa de don Ramón había perdido el sabor de rinconcito de quietud y de sosiego que tenía durante todo el año; había venido, como todos los años, a pasar la temporada estival en el pueblo Amelia con toda su chiquillería alborotadora.

Cada año venía la hija segunda con un nuevo chiquillo; esto exasperaba a don Ramón, que cada año la recibía con la misma áspera salutación: «¿Otro más? ¿Pero a dónde vas a ir a parar con tanto hijo?»

Amelia, que conocía bien el carácter de su padre, contestaba al desabrido recibimiento con un encogimiento de hombros, y se instalaba en la casa con toda la prole menuda, sin hacer caso de los refunfuños del viejo.

¿Refunfuños? A los primeros días de la llegada de Amelia se le hacía a don Ramón insoportable la vida; también él se hacía insoportable a los demás. Luego, durante todo el verano no le abandonaba el mal humor. Todo lo de casa encontraba mal, todo le

disgustaba y aburría; nada más pisar el umbral de la puerta se le agriaba el temperamento, y marchaba huído a través de las habitaciones, para en la más apartada de ellas refugiarse de la odiosa algarabía infantil que le atormentaba.

Sus nietos le ponían los nervios de punta. Otros abuelos encontrarán norabuena graciosas las travesuras de los pequeñuelos, a él le hacían una gracia muy maldita. Se absolvía a sí mismo con esta aseveración que sentaba de plano incontrovertiblemente: «¡chiquillos más guerreros no los parió madre!»

Los mayorcitos eran bulliciosamente enredadores, malintencionadamente traviesos; no sabían jugar si no era metiendo ruido, rompiendo algo, cometiendo estropicios por la casa. Los pequeñines eran llorones, absurdamente antojadizos, mañosos y hurafños.

Entre los mayorcitos había uno, bizco, llamado Enrique, altiricón y delgaducho, un puro nervio que no engordaba de malicia. ¡Ay, este bizco! Nada más verle, se le iba sin querer el pie al abuelo con las ganas de arrimarle un puntapié en... en sitio a propósito para levantarle el cuerpo en volandas... Así es que el chico nada más ver al abuelo escapaba como gato escaldado. El bizco, —pensaba el viejo— era forzosamente el culpable de todas las zapatuestas que la chiquillería tramaba. Se le había metido entre



ceja y ceja que tenía que ser el bizco el culpable de todo.

Entre los pequeñines había una, que era dorada de pelo y blanca como la madre; una preciosidad... tolerable, si al angelito, por no se sabía qué misterioso designio providencial, no le diera por estar llorando a todas horas, con berridos tan poco angelicales, que perforaban los oídos, y se hacía odiosa. ¡Diantre con la monada! Lloraba si se la iba a besar; chillaba si se la miraba, berreaba y pateaba si se la cogía en brazos. Y de sus chillidos, que taladraban paredes, no había más modo de defenderse que soterrándose en la bodega, o mejor, hundiendo a la tal criatura cien codos bajo la tierra... a ver si aun seguía berreando.

Este año a la pequeña dorada tiple la había surgido una competencia... una competencia formidable. El número más en la prole que aquel año había traído Amelia lo constituía un mamoncete de pocos meses, y este tal tenía establecida contrinca de chillidos con su hermanita, y aun la llevaba la palma de victoria, si no por la intensidad por la duración del lloro. Es increíble el tiempo que un niño resiste llorando. Este pequeñito de Amelia tomaba carrerilla de llanto, y ya era cosa sabida, había que prepararse a oírle durante un número indefinido de horas; y no había ingenio humano, ni ardidés, ni fuerzas para hacerle callar, ni a buenas ni a malas. ¿Cómo aquel pequeño sér podía resistir tan prolongada brega de

lloro? Con su tamaña boca, llorando sin una lágrima, con berridos isócronos, como automáticos, parecía que era uno de esos muñecos que emiten llanto tocándoles cierto resorte; pues bien, se creería a veces que a aquel chiquillo se le había descompuesto el resorte de llorar en el sentido de no poder cesar de hacerlo... y el pequeño lloraba ilimitadamente, incansablemente, se temería que eternamente.

—¿Pero qué diablos tienen esos chiquillos tuyos, Amellorra?—la gritaba don Ramón crispado de nervios.

En todas la habitaciones de la casa se tropezaba con chicos; ninguna silla guardaba su puesto; por todos los rincones yacían libros despanzurrados; los papeles más importantes y más guardados regaban los pasillos; detrás de cada puerta instalaban las pequeñas sus *comidillas* y *casitas* con piedras y tierra y cascotes traídos de la calle; venían abajo estantes con estrépito asustador, chirriaban mesas arrastradas rozando las tarimas; se oían mayidos del gato perseguido y maltratado. La mayor diversión de los mayorcetes era raspar latas o golpear coberteras, organizando orquestas del demonio; y sus estrépitos y voceríos terminaban siempre en llantos, porque alguno se caía, porque todos se pegaban...

—¡Ay, ese bizco!... un día le mato...—vociferaba el abuelo.

Por la noche nunca les daba la gana de acostarse, y lloraban a grito pelado mien-

tras les desnudaba; pero trocado de repente el mal humor en bueno, una vez en la cama. plantados todos de pie en las almohadas, armaban jubilosa tremolina, revolcándose y dando volteretas sobre los colchones. Y luego, cuando por fin la casa quedaba en silencio, entraba de tanda el niño mamón, probando en el silencio de la noche, a altas horas propicias para la audición musical, sus gallardos bríos de garganta, su fenomenal resistencia de laringe.

Y por la mañana, muy temprano, a la misma hora en que se despiertan los pájaros, ya estaba de nuevo la batahola entablada. La salud de un niño se comprueba si despierta alegre y con ganas de ruido; pues había que convenir que la prole de Amelia era saludable en demasía. ¡Qué guirigay, al vestirlas! Voceaban las niñas para hacerse obedecer; bufaba Amelia despacientada, y a lo mejor sonaban cachetines feroces, de carácter general; y entonces el estrépito cambiaba súbitamente de diapasón y compás, y se trocaba en un nutrido coro de llantos, en múltiples escalas de infernal polifonía.

—Mátalos... mátalos de una vez Amellorra,—gritaba desde su alcoba don Ramón, despertado intempestivamente,—el último año que vienes, ¿me has oído? Te vas al infierno con ese pandemonium de chiquillería... Me desgracias la vejez, Amelia... Ahora te lo digo; no cuentes con venir otro verano; porque me robas la vida...

Amelia oía a su padre y no le contestaba. ¿Podía ella remediarlo? ¿Podía evitar que sus hijos fueran... lo que son todos los niños? Y en cuanto a no volver otro verano... sabía ella que su padre no se lo decía de corazón. ¿Cómo iba a querer de corazón privar de la sana expansión del veraneo en la aldea a los pequeños, encerrados todo el invierno en la humilde casa insalubre de la capital? ¿Cómo iba a negarse el papá rico a darla aquella ayuda de tenerles unos meses en casa, aliviándola la vida difícil de casada con muchos hijos, con pocos ingresos, en tiempos tan costosos como los que corrían?

Y aunque el viejo voceador renegaba de sus nietos con tan furibundos anatemas, ella bien sabía que todos aquellos ex abruptos eran meras exterioridades, genialidades inocuas. El abuelo amaba a sus nietos... ¿cómo dudarlo, si don Ramón era buenazo como el pan bendito?

Bien le conocían, bien, las hijas, que a pesar de las vociferaciones del energúmeno viejo, hacían de él lo que querían.

Algo la costó a Amelia convencer de esta verdad a su esposo Filiberto, que al principio tomaba en serio las intemperancias de su suegro.

Pero ya por fin también Filiberto sabía a qué atenerse y no le mellaban ni entecían tales intemperancias, ni echaba agua al vino. Llegado el mes de junio embarcaba a toda su familia con rumbo a la casa de la aldea, a que comiera durante unos meses el pan

del abuelo, a que se fortificase la salud de la chiquillería con los aires de campo.

El estaba empleado en una Casa de Banca que sólo le dejaba vacantes los domingos y fiestas. Todos los sábados venía de la capital a Quintanilla para pasar el día festivo entre los suyos, y los lunes por la mañana regresaba a su destino. Pocas palabras más del saludo cambiaba con don Ramón. Sabía que éste nunca le había mirado con buenos ojos, desde los primeros tiempos del noviazgo, en que le llamaba: «señorito relamido y hambrón, buscador de una señorita rica de pueblo». La boda había sido a disgusto del viejo... pero se había efectuado: casi todas las cosas de la casa se hacían a disgusto de él, y mediante su oposición... pero se hacían.

Sabía también Filiberto la acogida gruñona que dispensaba a los suyos el abuelo, y hasta estaba enterado de que su nombre, Filiberto, había sido como todos los de la familia contrahecho en los labios del viejo, en sentido despectivo, le llamaba *don Alfletero*...

Trabajo le había costado resignarse a sufrir con paciencia y disimulo estas inconveniencias.

—Haces bien en no darlas importancia, le aconsejaba su mujer, él es muy bueno en el fondo... te lo digo yo... A ninguno de los dos yernos que tiene puede ver; a tí por señorito te llama como sabes; a Fructuoso, el marido de Ramona, como no es

tipo aseñoritado, le llama *oso*... el oso de la Moronta... ¿Qué más? Antes a mí me llamaba Melita, pero ahora desde que tengo tantos hijos cuya bulla no sufre con paciencia, me ha empeorado el mote: Ameliorra... pero nos quiere .. nos quiere...

\* \* \*

—Ese chisme está parado, no es posible que ande—refunfuñó don Ramón, mirando al reloj del casino. Salió de allí apresurado y se dirigió a casa.

Amelia y Lucía le vieron desde el jardín venir por la calle a paso aceleradísimo, braceando al compás de la marcha, mirando a la casa de lejos, como temiendo llegar tarde a algo.

En la puerta de la verja gritó preguntando a sus hijas:

—¿Qué? ¿Ha venido ya?

—Pero, papá,—contestó Lucía sonriendo,—si son las cuatro, y el coche no llega hasta las seis...

—¡Las cuatro todavía!—bufó el viejo, con el tono de un regaño al tiempo por no correr más aprisa, a la medida de sus deseos e impacencias.

Pasó por el lado de ellas sin hablarlas más, refunfuñando entre dientes una ininteligible catilinaria. El pequeño Enrique, el bizco, que jugaba a la sazón a la puerta de

la casa, viéndole llegar con tal aire, echó a correr despavorido refugiándose en su madre.

Amelia, que estaba amamantando al pequeño, acogió a Enrique abrazándole con un brazo:

—Pero ¿no ves?—exclamó con tristeza, dirigiéndose a Lucía,—¿no ves cómo le teme? ¡Mi pobrecito hijo! Te digo que hasta en sueños mienta al abuelo, llorando asustado. ¡Qué raro papá, qué raro! Esta criatura le teme como a un ogro... y con alguna razón; la ha tomado papá con éste, que es el más infeliz, te lo aseguro yo, le echa la culpa de todo, y es el más pacífico, el más digno de lástima porque es el más desmeдрado y el más débil... ¡Hijito mío! ¿Pero no es de sentir, Lucía, qué raro se ha vuelto papá? Este año sobre todo, le encuentro más chocho que nunca... esto da lástima porque revela vejez... pero hace sufrir mucho... lo que es ahora está insufrible... ¿en qué consistirá?

—Yo lo sé,—respondió Lucía.

—¿Pues?

—Ya te he dicho que va a hacer un mes que escribió Ramonchu, anunciando su venida... y no acaba de venir... le esperamos día por día... y papá como es así lo sufre sin paciencia... pero de verdad que es para acabarse una paciencia, ni viene, ni escribe... y todos los días esperándole,.. hace un mes...

Estas palabras fueron pronunciadas por

Lucía con tal acento de ansiedad que delataron sus íntimos sentimientos. Ella lo advirtió ya tarde, y se puso muy colorada. Amelia la miró sonriendo indulgentemente con mucha expresión; la miró largo rato a los ojos, la otra se sonrojaba más y más...

—Conque... estáis... estás esperándole todos los días—articuló la hermana casada muy lentamente y muy expresivamente.

—¡Por Dios, Amelia! yo decía...

—¡Oh, hermana! No busques ahora escapatoria... ya ves que tengo algo de práctica en estas *cosillas*... a mí no me extraña, Luchi, que así sea; has estado toda la vida ayendo exclamar a papá «¡Ramonchu es así, Ramonchu por aquí, Ramonchu...!» ¿qué extraño es que el nombre de Ramonchu se te haya metido en el alma? Ya te lo he conocido yo, ya... Todas estas tardes te he visto bajar aquí al jardín, y mirar a lo lejos, a lo largo de la carretera, a ver si venía la diligencia... Pero no te avergüences, tontina, si yo sé muy bien lo que es esto; si todas estas tardes, viéndote, me has traído recuerdos, de mi vida, y me parecía estarme viendo a mí misma, cuando en tardes como estas venía yo a este mismo sitio, a esperar también el paso de la diligencia, a ver... a ver si venía mi Filiberto...—Cambió súbito de tono y prosiguió.—Calla... hoy es sábado, no me acordaba, pues hoy vendrá Filiberto.

Mudó al mamón de pecho para que si-



guiera mamando otro rato. Lucía la miraba con expresión de tristeza.

— ¡Qué feliz era una entonces! ¡Qué feliz debes de ser, Luchi! Pero no te avergüences, tonta; te hablo de corazón a corazón; tantas veces me oyes renegar de mi aperreada vida de hoy... no me llames cursi si a propósito de tí, ahora, en momentánea reconciliación con la vida, recuerdo mis días de ilusión... no me creas ridícula. Verás, cuando estés casada, qué poema de ilusión y de amarga añoranza encierran estas solas palabras: «Cuando mi marido era mi novio...» Pero ¿lo ves? te ríes... y esto que te digo te aseguro que no es para tomarlo a risa. Ahora no me entiendes, ¿a qué seguirte hablando así?

Acomodó en el regazo con un ademán habitual al nene que seguía mamando. Lucía pensaba en silencio. ¡Pues claro que sí! También mi hermana esperaba en este mismo sitio la llegada del coche en que venía Filiberto, entonces bullirían en su mente pensamientos bien distintos a los de este instante, en que está amamantando al octavo hijo...

La belleza primorosa de la rubia Amelia se había marchitado brevemente en los nueve años de casada. El pelo, que fué una mirífica mata de hebras de oro, estaba ahora lacio, escaso, de color caído. La cara, antes blanquísima y tersa y suave como seda, fresca como pétalos de rosa, blanca recién florecida, ahora estaba ajada, afren-

tada por arrugas prematuras, estropeadas las mejillas por rugosidades; y los labios, que fueron rojos, eran cárdenos; y los ojos, que velaron entre cercos de sedañas pestañas su brillo de turquesa, miraban hoy apagados, entre el cerco rojizo de los párpados lacios, de mustias pestañas ralas. ¡Oh, qué augustamente, pero qué tristemente se inmola en aras de la maternidad la belleza de las mujeres! ¡Oh triste marchitamiento de esta belleza tan delicada, tan exquisita, tan frágilmente primorosa que sólo se la puede comparar a la belleza de las flores, que viven de sol a sol, más efímeras cuanto más hermosas!

Se apenaba Lucía contemplando a su hermana Amelia... aquella hermosura radiante y magnífica, que la había conocido, he aquí que se la habían ido llevando a girones uno tras otro los hijos.

¡Los hijos! No solamente marchita la maternidad la belleza de las mujeres, sino que además entenebrece su alma; es un soplo ardiente de viento del desierto que deshoja rosas de ilusión, y deseca los manantiales de la juvenil alegría del vivir; es una sombra que se proyecta sobre toda su vida robando el rosado color, rosicler de sus ensueños; es una inquietud preñada de responsabilidades y temores que acobarda los espíritus de las madres; es una gravedad glacial que hiela la risa en sus labios; es una intensidad de sentimiento que agota sus almas. ¡Sí, también el alma de las madres su-

fre su holocausto de torturas en aras de la maternidad!

Los hijos dan desvelos, ocasionan sobresaltos, bregan el corazón de las madres con explosiones de amor terriblemente incontenible, de anhelos entrañablemente profundos.

¡Los hijos! Haciendo a las madres reír o llorar, meten en su corazón felicidades excesivas o penas indesahogables. ¡Los hijos! Fórmense sus cuerpos a expensas del de la madre, y se diría que también sus almas son desgarrones del alma materna. Las lágrimas que una madre derrama sobre el hijo sufriente, a la vez que escaldan los ojos, desecan las almas, como si las lágrimas fueran jugo que exprime de los corazones la mano dura del dolor; y las risas y arrebatos de alegría de la madre con su hijo sonriente en brazos, destrozan también el alma materna, porque hay felicidades asesinas por tan intensas, por tan inexpresables, por tan vehementes, por tan indesahogables. ¡Los hijos! Apenándose o alegrándose por ellos, ciérense sobre la cabeza de las madres una bandada de temores indefinidos, de zozobras infundadas. La paz se pierde, túrbase la vida; asaltan la noche, quebrando el sueño, sobresaltos de pesadilla. ¡Los hijos, los hijos! Su vida es a costa de la de las madres.

Miraba Lucía cómo el pequeñín de Amelia hociaba con linda glotonería, egoísta y cruel y exigente, el flácido pecho que ya había amamantado a siete más. Y el chicue-

lo, que ya había apurado el contenido de un pecho, apechugaba al otro con impaciente cabeceo, chupando la vida a la madre, mamando, mamando...

Levantó Amelia la cabeza, y pronunció lentamente:

—Tienes novio, Luchi... anhelas por el «mañana» que tú crees que guarda tu felicidad, y tu felicidad la guarda el «hoy». Mañana tal vez no seas envidiable, pero ¡si supieras cuán envidiable eres hoy... hoy...! No lo sabes tú, no, porque la felicidad tiene esto de traidora, ha de ser inconsciente, no quiere ser apercebida, y no se deja notar. Hasta parece que cuando uno se interroga: «¿soy feliz?», es señal de que empieza a dejar de serlo. Ya te acordarás, ya, de este tiempo, que tú quieres que pase pronto... ¡para verte casada! Ahora, ahora es precisamente tu hora de dicha: las ilusiones, los sueños; estas esperas anhelantes a ver si viene él... todas estas dulces fruslerías, todas estas vanas *mentiras* del amor, todos esos pensamientos ingravidos que ahora florecen en tu corazón, mira que yo te lo advierto; ésta, ésta es la felicidad que pasa a tu lado y te hace una caricia. Luego, luego ya verás, cuando se deshojan las flores de las ilusiones, la vida es solamente un zarzal erizado de espinas. Pero no quiero ser aguafiestas: goza tu felicidad; embriágate del vino de tus sueños; enérvate la razón con el aroma de tus flores, sin pensar en las espinas... ¡Enrique, Enrique!—se interrumpió para gritar

a su hijo—. No estés entre los rosales, te vas a desgarrar todo; no andes cogiendo rosas, te puedes pinchar las manos y vas a sangrar.

Y mirando a su hermana se la quedó sonriendo con amargura, en silencio, muy significativamente.

En aquel mismo instante se oyó lejano el rodar de un coche, y el cascabeleo de sus caballos. Lucía levantó vivamente la cabeza, y se puso a escuchar con toda su alma atenta.

—¡Ah! El coche...

Al mismo tiempo asomó a un balcón don Ramón.

—¿Oyes, Lucía? Es el coche...

Lucía se estaba asomando a la verja, mirando a lo largo de la carretera.

—El coche, papá—gritó con júbilo.

Don Ramón acudió corriendo. El coche estaba ya cerca. Por las ventanillas abiertas del carruaje, se veía el busto esbelto de un hombre joven, y el perfil de su cara fina, de señorito, quebrábase con la línea enhiesta de una guía de bigote juvenil.

—¡Viene Ramonchu!—exclamó el viejo, con indescriptible entonación de voz—. Ese joven a la fuerza es, ¡nada más verle...!

El coche llegó y paró frente a la casa. Agilmente, con ademán gentil, descendió del coche el joven; y al volverse de frente, sonaron en diferente tono dos exclamaciones de desengaño.

Lucía exclamó:

—¡Si es Filiberto!

Y exclamó don Ramón:

—¡Bah! ¡*Don Alfiletero!*

Volvióse el viejo regañando hacia casa, y como si también de aquello tuviese la culpa el bizco Enrique, al pasar junto a él fué a darle un torniscón, que el pequeño evitó, dando un quiebro de agilidad simlesca.

—¡Ah, guindilla... bisojo!

### III

**H**ASTA mediodía habían durado los cultos al milagroso San Antonio. Por las puertas de la ermita de par en par abiertas oyó la misa y el sermón desde la campa la multitud de romeros que no habían cabido dentro del recinto sagrado.

Ahora el gentío se instalaba en familiares corros bajo los árboles, para la comida campestre.

La pandilla de señoritas de Quintanilla se cobijó, para comer a la sombra de una rozagante encina secular. Cual maravillosa floración sobre el césped esmeraldino, bajo la pompa umbrosa del árbol gigante, era un gayo grupo de bellezas el grupo de las señoritas.

En la campa de la selvática sierra, en aquel bravío paraje de la ermita, el árbol abuelo tuvo en aquellos instantes cobijado a su sombra el visionario agrupamiento de delicadas bellezas; y en los murmullos de su fronda hojosa se hubiera podido escuchar la

nostálgica evocación de aquellos tan idos tiempos de poesía y de leyenda en que habitaban los bosques las peregrinas hadas, los sutiles sílfides, y a ciertas horas, bajo la copa de cada árbol, se concitaba el concurso de sus bellezas casi divinas.

Hoy, mientras la comida campestre, en el alegre mediodía estival estaban muy contentas las señoritas. La alegría de un pájaro se conoce en que canta y la de una señorita en que ríe; y así ellas reían, reían por nonadas, en contagio de oirse reír. Una de ellas, Amparito Bachiller, la *Bachillera*, tenía natural dón de gracia, hablaba con desparpajo saladísimo; hoy sobre todo las hacía mucha gracia, y nada más despegar los labios estallaba el coro de risas de las señoritas de Quintanilla de Abajo.

Las tres hermanas Urdambidelus, tres hermanas muy iguales en todo, en cara, en gestos, en vestidos, reían lo mismo las tres, para que hasta ni en la risa se quebrara el sello de la uniforme personalidad familiar, con una risa ahogada y reventona, que hacía temer para las tres una congestión igualmente fulminante.

En el coro de risas sostenía la nota aguda la de Paquita Flor, angelical muchachita muy linda, muy feliz, muy reidora; todo la hacía una gracia atroz... y la risa era lo único feo en ella. Si la ingenua Paquita Flor hubiera tenido la más mínima noción de co-



quetería, de suguro hubiera renunciado a reír con tan lamentable frecuencia.

En cambio, la risa de la menuda Lolita Fuentes era musical y armoniosa como un tintineo de plata.

Había en el corro una señorita llamada Leonor Angulo, cuya risa no daba eco, era a la sordina; pero en cambio este pájaro mudo de aquel coro suplía su falta de ruido con gestos. Se la llama *la Gestitos*; tenía uno muy habitual de muy mal gusto: hacerse de cruces.

A la más mínima extrañeza—y la extrañaba todo—ya andaba su mano haciendo garabatitos de cruces desde la frente al pecho y de hombro a hombro; y a veces en el aire, sin tocarse, para dar mayor rapidez al feo gestito profanador, expresando más intensidad admirativa.

Lucía, la formalita Lucía, daba también sus risotadas aquel día; decididamente estaban todas de muy buen humor, y de muy cómica chispa la graciosa Amparito Bachiller.

—Os he estado mirando una a una durante la misa de San Antonio; he hecho un estudio de almas en vuestras caras... hay momentos fatalmente francos, luminosamente reveladores... A ver si acertáis quién de vosotras ha rezado con más devoción y ahinco al Santo, al Santo que da novio...

Vibró una ingrata risa áspera, parecida a

un cacareo; ya se estaba riendo la linda Paquita Flor... y ya estaba también trazando sendos garabatos la mano de Leonor, *la Gestitos*.

—¡Ay, hija! Esta Amparo... qué cosas tiene...

—Pues la que más le ha rezado a San Antonio... ha sido Lucia.

Coro de risas a costa de la denunciada, que se puso muy colorada.

—Eso es mucho saber, Amparito—se defendió la aludida.

—Y después... ¡qué caramba!...—prosiguió impertérrita la desenfadada *Bachillera*—todas hemos rezado hoy mucho... hay que ser francas... porque hay un novio en perspectiva, y todas tenemos ganas de novio... No os riáis, todas sabéis que digo verdad, y una verdad que no es para risa... dentro de pocos días... acaso mañana... hoy mismo... caerá entre nosotras... ¡¡pobre de él!!... un chico casadero... uno que viene exprofeso a que le enganchemos... ¡Ay! ¿quién será la lista o la afortunada? Y este chico nada menos que es Juez... un Juez quiere casarse en Quintanilla... Dicen que es de bella figura... dicen que se llama Ramonchu... ¡si hasta el nombre es de ilusión y de cariño!...

Risotearon de largo.

—Defiéndete, Luchi,—prosiguió la irónica muy seria,—tú estarás más cerca de él,

ya nos llevas una ventaja, pero defiéndete, porque todas nos vamos a armar para esta pelea de punta en blanco... yo la primera, sí señora, porque ya me corre prisa un novio; para el día que ese Juez me vea y me falle tengo guardada una crema, que ha estado hasta ahora reservada para alguna ocasión solemne y decisiva... una crema que pone el cutis más fino, que los pétalos del yaro...

Las hermanas Urdambidelus se sofocaban, se atragantaban, se iban a ahogar las tres de risa. A Leonor, *la Gestitos*, la dolía la mano de signarse:—¡Ay, hija, Amparo! qué cosas tienes.

Y Amparo, la única que no reía, prosiguió con afectada entonación de voz, con declaración irónica.

—¡Animo, señoritas de Quintanilla de Abajo! Que esta ocasión no es calva, y se la puede arrepuñar del pelo! ¡Que estamos muy mal de chicos... que quieran casarse!... ¡Animo y a él... señoritas de mi pueblo!...

Sonaba el coro de las risas: la chillona y cacareada de Paquita Flor, la de plata de la menuda Lolita Fuentes, la apagada de Lucía...

\* \* \*

A media tarde, después de la procesión

del Santo, se organizaron los bailes de la Romería.

Amparito Bachiller se cogió del brazo de su íntima amiga Lucía para dar un paseo por la campa.

Había mucha animación. Como la tarde de junio era espléndida y convidaba a la excursión campestre, habían acudido a la romería gentes de todos los pueblos comarcanos, y hasta de regiones lejanas, de más allá de la sierra Moronta.

La geórgica zampona pastoril congregaba bajo unos olmos a las serranas mocitas de la Moronta, las cuales bailaban unas danzas muy saltarinas, de complicados trenzados de pies.

El melancólico acordeón atraía a los aldeanos de la ribera, y les imponía un baile lento, de lánguido compás, con gravedad de pristino rito litúrgico de una religión pagana.

La bulliciosa chirimía daba a los mozones labradores del valle un balloteo alocado, de brincos que parecían retozos bestiales, entre gritos y vítores enardecidos.

Bajo la clásica encina honraban unas mujerucas viejas a la primitiva y familiar pandetera, tañida por una setentona, que cantaba de intervalo en intervalo aires de la montaña con un soplo de voz asmática, apenas oída, abriendo tamaña boca sin dientes. Y las viejas bailaban con baile muy ceremonioso, en

corro muy espaciado, con los brazos caídos, inmóviles los hombros, doblando las piernas como en genuflexiones.

Y en medio de la campa, predominando con su prestigio de modernismo y aristocrática sonoridad, el organillo de manubrio se llevaba lo más de la romería... y lo peor. El chulón organillo era la prostitución del baile, la degeneración de esa ceremonia de la danza, que es casi religiosa... y en la geórgica campa era una profanación aquel batiborrillo de parejas bailando impudicamente abrazadas.

Los rústicos ambigús instalados en la campa profusamente y estratégicamente reboaban de parroquianos, cantadores y bullangueros.

En parajes algo retirados del general bullicio, corros de viejos jugaban silenciosamente a los naipes. Más lejos los mozos enemigos de baile habían instalado la bolera, y se jugaban férvidos partidos de desafío entre mozos de un pueblo y de otro.

Grupos de hombres tumbados en la yerba continuaban la francachela de la comida, empalmándola con la de la merienda, sirviendo entre ésta y aquélla de solución de continuidad la panzuda bota de vino, que les iba embriagando lentamente.

—Mira, Lucía,—exclamó Amparo—ahora vienen los chicos...

Entró en la campa la pandilla de señoritos,

estudiantes los más, que pasaban las vacaciones estivales en la casa paterna, y más que en la casa paterna, en el casino jugando al *baccarrat*.

—¿Los ves, Lucía?—se los señalaba Amparo;—¡estamos aviadas las señoritas con los señoritos estos...! Todo el mundo se divierte menos nosotras; créeme que muchas veces he envidiado en estas fiestas populares a las criadas de servir... éstas siempre tienen bailador... pero nosotras para algo somos señoritas: para aburrirnos. Porque estos señoritos de nuestro pueblo ¿lo ves? los unos se han ido a aquel ambigú, a trabar trato con las botellas; los otros a bailar con las mozuelas, que deben servir mejor para su baile que nosotras... o borrachos o granujas. Y fijate cuántos no han venido; estos están de caza, ¡mal haya la caza! A todos los señoritos de pueblo que no son viciosos les da por la caza... tengo yo una rabia a la caza... Total: por una causa o por otra, las señoritas de pueblo siempre solas.

Lucía añadía razones de asentimiento a las de su amiga, y ésta recobrando el casi exclusivo uso de la palabra, continuaba:

—¡La caza! ¡Cómo que esta dichosa chifladura nos estropea los mejores partidos! Y si no: ¿a que no ves por aquí a los hermanos Torre: unos chicos formales, educados, ricos, en una palabra, ideales?... ¡Son cazadores! Les veras siempre con burdos trajes

de pana, al hombro la escopeta, rodeados de perros de todas castas... nada de paseos con nosotras, ni tertulias, ni bailes... al campo, al campo siempre, a la dichosa caza...

—¿Estarán las señoritas de población tan solas como nosotras?

—¿Qué van a estar, Luchi? Allí hay más sociabilidad, más motivos de exhibición; tertulias en los palcos de teatros; tes de moda; imprescindible corro de sillas en los paseos... ¡Ay, las señoritas de población; en cambio nosotras nos morimos de asco, de asco...! Nuestros señoritos o son burros o son granujas: burros, que no han servido para estudiar y están comiendo a lo lobo el pan paterno; o granujas, que por vivir siempre en la capital; haciendo que estudian, fuera de la férula paterna, se han desenfrenado en la carrera de todos los vicios. Y además tenemos el tipo de señorito estúpido, risiblemente orgulloso y presumido porque posee diez ovejas y un prado. Educación, fineza, galantería, afán de agradar... pedirles estas cosas es pedir peras a los olmos. Corre entre ellos mucho una frase absurda que trata de disculpar toda grosería: «a estilo de pueblo» ¡La señorita de alma fina se luce entre ellos! Son aquí flores exóticas las relaciones de amistad cordial, que es un amable vestíbulo de amor; no pueden aquí tomar carta de naturaleza esas finas galanterías, delicados escarceos de amor, en que casi siempre sale la mujer vencedora,

llevando por trofeo de su victoria el corazón del hombre, y por galardón de su conquista el matrimonio. Nada de esto, esto aquí son pamplinas para canarios; la señorita de pueblo, a quien sus padres no den maña para concertarla casamiento, se queda solterona; y no sé si esto será más oprobio que casarse de tal forma.

—Tienes razón, Amparito. Y de todas maneras es un problema el dichoso casamiento.

—¿Problema has dicho? Es un jeroglífico, es un rompecabezas del diablo, es la cuadratura del círculo. Yo muchas veces desesperada me digo: Pero Señor, ¿cómo habrá que ser para tener novio? Si viestes elegante, te achacan que gastas lo que no puedes; si con modestia, que eres una ramplona ordinaria. Si eres alegre, te llaman cabeza de estornino; si comedida, te motejan de fúnebre o de afectada. Si hablas vulgaridades, eres una ignorante pueblerina: si te expresas con delicadeza escogida, eres una cursi; de todas maneras: una señorita de pueblo... ¡Hui! ¡La rabia que a mí me da si me oigo llamar señorita de Quintanilla de Abajol... No te rías, Luchi, que esto es grave; no tener vocación para vestir imágenes, y no llevar trazas de pescar novio...! Los señoritos de población nos desprecian porque somos... ¡señoritas de pueblo!, los señoritos de pueblo que no se andan por ramas de psicología, nos cuentan las tierras que tene-



mos más que las virtudes. Así es que,—dió un hondo suspiro la *Bachillera* con graciosa afectación—yo que soy pobre... aunque soy llistita y educadita... voy perdiendo la esperanza de casarme...

Rió Lucía con todas sus ganas.

—Sí, sí; riete además de mi desgracia. Tú, Luchi, como eres rica... pero yo... Y este es el último verano que acaricio ilusiones... te lo aseguro. Como este verano no enamore, juro no alegrarme más con la primavera—¡ay, qué cursi me siento!—al ver las flores nuevas que anuncian nuevo verano, venida de los estudiantes, tal vez no vio...

—Yo ignoraba, Amparito, que eres poeta...

—Pues no me conocías entonces en mi fuerte—bromeó la *Bachillera*—. Pues sí; como no sea en verano, despídete de enamorar: el invierno entre estas montañas es poco propicio para sueños de amor, y a nuestros pollos les hiela el corazón. ¡Es la Moronta! Esa montañorra, con la sombra de su mole inminente nos ennegrece los colores de la vida. ¡Es la Moronta, que tiene *rettatura*, no hay quien me lo quite de la cabeza, habrá que emigrar de aquí, habrá que perder de vista esa Moronta, que trueca esta región en un infierno sin esperanza cuando dice: allá van nubes, y nevadas, y lluvias, y nieblas, y sombras, y tristezas.

¡Esa Moronta! ¡Toma!—exclamó, cambiando súbito de tono—¡si nos está mirando mucho Miguelito Azcúnaga!

—A mí no me gusta ese títere...—dijo rotundamente Lucía.

—Gustar... gustar...—transigió Amparo. —Ya lo sabemos; Miguelito es algo aquí en su pueblo, por eso alardea; en cambio a dos leguas de Quintanilla no es ya más que un pelele. Pero, amiguita, no hay que ser exigentes, porque él, si bien encarna el tipo del «ni fú ni fá» tiene en su favor que no es malo, aunque no es bueno... y además, es riquillo... no es malejo partido... no dará muchos quebraderos de cabeza... es un tipo pasable, vaya si se le puede querer... al ojo le viera yo... no hay que ser exigentes...

—¡No hay que ser exigentes!—repitió Lucía.—¿No revelan esas palabras la tristeza de una conformidad abnegada, que considerando inasequible la felicidad por entero, mendiga de ellas unas migajas? Y ¿por qué no se ha de ser exigente para amar? Pero, fijate; Amparo, cómo nuestras amigas rodean a ese Miguelito Azcúnaga, cómo le sonríen, parece que se le quieren rifar... pobrecillas de nosotras, somos dignas de lástima...

—¡Ay, hija! ¡Si están rematadas de malas las colocaciones! ¡Ese Miguelito, que tú llamas títere, cuántas ilusiones habrá hecho concebir... ¡si a lo menos para cada señorita

de pueblo nos llegase un Miguelito! Nosotras no tenemos derecho a ser exigentes!

En aquel momento entró en la campa un jinete, caracoleando un soberbio caballote.

—Mira—profirió Lucía con picardía—, el hidalgo de la Sonsierra, tu adorador...

—No hay tal cosa, Luchi—exclamó Amparo con exagerado acento de dolor cómico—, no me adora... Es un gran partido, ¡ay, de mí!, ese reyezuelo de la Sonsierra, con el prestigio de su casona-castillo, con la fabulosa riqueza de sus rebaños, patriarca de los sonserranos..., y sobre esto, un gran muchacho con el único defecto de ser tristón. Dicen también que es algo poeta..., pero esto se le podía perdonar... Yo, al principio, me hice ilusiones cuando él se acercaba a mí..., te lo digo en secreto de confesión...; yo me despepitaba a su lado. Pero hija, ya sé a qué atenerme, ya no me hago ilusiones; aborrece el matrimonio porque es poeta; debe ser muy prosáico el matrimonio. Figúrate que un día me dijo: «Yo me casaría con usted, si no supiera positivamente que, con el tiempo, ya no me habría usted de hacer gracia; porque si yo me acerco a usted, es sólo en busca de un rayo de alegría, del beneficio de una risa...» ¿Qué te parece? Yo nunca he sabido si me lo dijo en broma o en serio: si en broma, fué muy pesada; si en serio, hay que sospechar de su equilibrio mental. ¡Vaya un lenguaje! Que se compre una mona que le

haga reir...: ¡el cárabo lúgubre de la Son-sierra!

El muchacho del caballote se había desmontado y miraba de lejos a Amparito, que disimuladamente recogía sus miradas.

—Te aseguro, Luchi, que el sonserrano ese de los caballos de estatua, con su aire de príncipe rústico, pálido como si se alimentara de limones, fúnebre como si hubiera hecho voto de no reir, me da mucha rabia; mira que decirme eso del rayo de alegría..., el cara de difunto ese...

\* \* \*

Al declinar la tarde, tocó su punto álgido la algazara de la romería. Era llegada la hora estruendosa de la borrachera colectiva; daban áspero concierto ensordecedor, pitos, y cornetas, y gritos, y voceríos. Manchaban el puro ambiente de la tarde soeces canciones, berreadas por voces vinosas.

El baile del manubrio había desbancado a todos los bailes y absorbido a todos los bailarines; había entre las primeras sombras un zurriburri estrujándose a la cadencia chabacana de la musiquilla hedionda.

Las señoritas habían emprendido el regreso a Quintanilla.

Era un atardecer muy bello. Recogiendo

la última luz del sol, leves brumas se rozaban en los picachos de la Moronta; sobre el valle parecían caer de los cielos azules, raudales de calma y placidez. Por las faldas de la sierra sonaban en el encalmado ambiente lejanas voces de romeros que regresaban a sus aldeas cantando.

El espíritu de Lucía se empapó de la serenidad del crepúsculo. Se iba plácidamente entreteniendo en su mente una idea inseparable, bella, indefinida, vaporosa y vaporosa, parecida en lo sutil e imprecisa y rosada, a los bullones de bruma purpúrea prendidos en aquel instante acá y allá en las rocas culminantes de la Moronta.

Oía sin escuchar la voz de la amiga, que se había cogido de su brazo; sus pensamientos ingravidos, imprecisos, incoherentes y desordenados, revoloteaban en torno de la imagen de sus ensueños amorosos.

Esta tarde no pensaba en Ramonchu con angustiosos anhelos por su venida, con vehemencia que la fuerza del deseo hacía dolorosa. No, ahora el pensamiento en Ramón era plácido, como la serenidad de los cielos azules, como el eco de lejanos cantares de aldeanas contentas.

Y en la felicidad sugerida por el encanto de la hora crepuscular, pensaba Lucía que a Ramón era ya deudora de este exquisito néctar con que el pensamiento en él embria-

gaba su alma, poniéndola en arrobamiento paradisiaco.

Plácidamente, optimistamente, consideraba ella entonces que Ramón, en aquella misma hora, estaba pensando en ella con igual ternura de ensueño amoroso. Forzosamente, la intensidad de amor hacia una persona debe ejercer sobre esta función magnética. Por necesidad de lógica, la corriente continua de amor de un corazón a otro, el continuo raudal de pensamientos, de ansiedades, de esperanzas que un corazón manda a otro, han de anegarle de los mismos pensamientos, han de empaparle del mismo amor. Y por fuerza, Ramón, que era amado cual ningún otro hombre lo fuera, había de sentir en sí la telepática atracción de la que tanto le estaba amando.

No lo dudaba siquiera Lucía; a esta misma hora dulcísima del atardecer, Ramón estaba pensando en ella, amándola a través de la distancia, y este pensamiento, la sumía en deliquio de felicidad.

Tenía que ser así; era lo natural que él la amase con igual amor; si se lo decía a ella el corazón; si este era el deseo y la esperanza, y la corazonada de toda su vida. ¿Es posible que toda una vida se edifique sobre la inestable base de una ilusión falaz? ¿Es posible que el corazón engañe durante mucho tiempo?

Ni lo pensaba Lucía; al contrario, creía

firmísimamente, que nada más verse de lejos cuando él viniera, correrían el uno hacia el otro como dos antiguos enamorados; enamorados de toda la vida, enamorados que han estado esperando en silencioso martirio de anhelos y esperanzas e impacencias, cada cual en su puesto, lejos uno de otro, pero siempre presentes por milagro de amor: él, haciéndose carrera; ella, esperándole.

Una voz ingrata, sonando muy cerca de su oído, cortó de súbito sus íntimos dulcísimos pensamientos. Advirtió Lucía que a su lado ya no iba la amiga de antes: la iba hablando Miguelito Azcúnaga.

Fué una transición cruelmente repentina, fué una impía caída desde la alta región de sus pensamientos, fué un displicente despertar a la fría realidad odiosa. Todo el disgusto de Lucía se acumuló sobre aquel muchacho que inconscientemente había desempeñado la cruel misión de arrancarla de su exquisito arrobamiento amoroso.

Le miró primero Lucía extrañamente, con la estupefacción de quien acaba de despertarse; luego, reaccionando, le despreció con todo su corazón en severa mirada, que la vindicó del daño que la había hecho, quebrando el deliquio de sus ilusiones.

Miguelito la siguió hablando impertérrito, y ella, al notar que la estaba haciendo el amor, experimentó tal repugnancia hacia él,

que la intensidad de la sensación repulsiva la cortó la palabra, la puso en un absurdo estado de rabia, de indignación, como si hubiera oído una ofensa.

—¿Qué me respondes, Luchi?— insistía el galán malaventurado.

Y sordamente, por entre los labios de Lucía, apretados de rabia, salió enérgico y vibrante, el «no» más rotundo que haya pronunciado una mujer, el «no» más categórico, más humillante, más negativo, más calabaceador.

\* \* \*

Al entrar Lucía en casa, salió a su encuentro, toda azorada, Pilar, la insignificante *Pirula*, que nunca iba a romerías, y la dijo con su vocecita entrecortada:

—Ha venido..., está ahí...

—¿Ramonchu? ¿Ramonchu ha venido?

Corrió desalada Lucía; la guiaron las voces exclamativas de su papá que hablaba al recién llegado. Entró en la habitación en que se hallaban..., se quedó plantada en el umbral..., algo estupefacta...; allí estaba, ¡pero ¡qué desconocido! ¿Aquel jovencillo Ramonchu era este gran mozo, de grandes bigotes...?

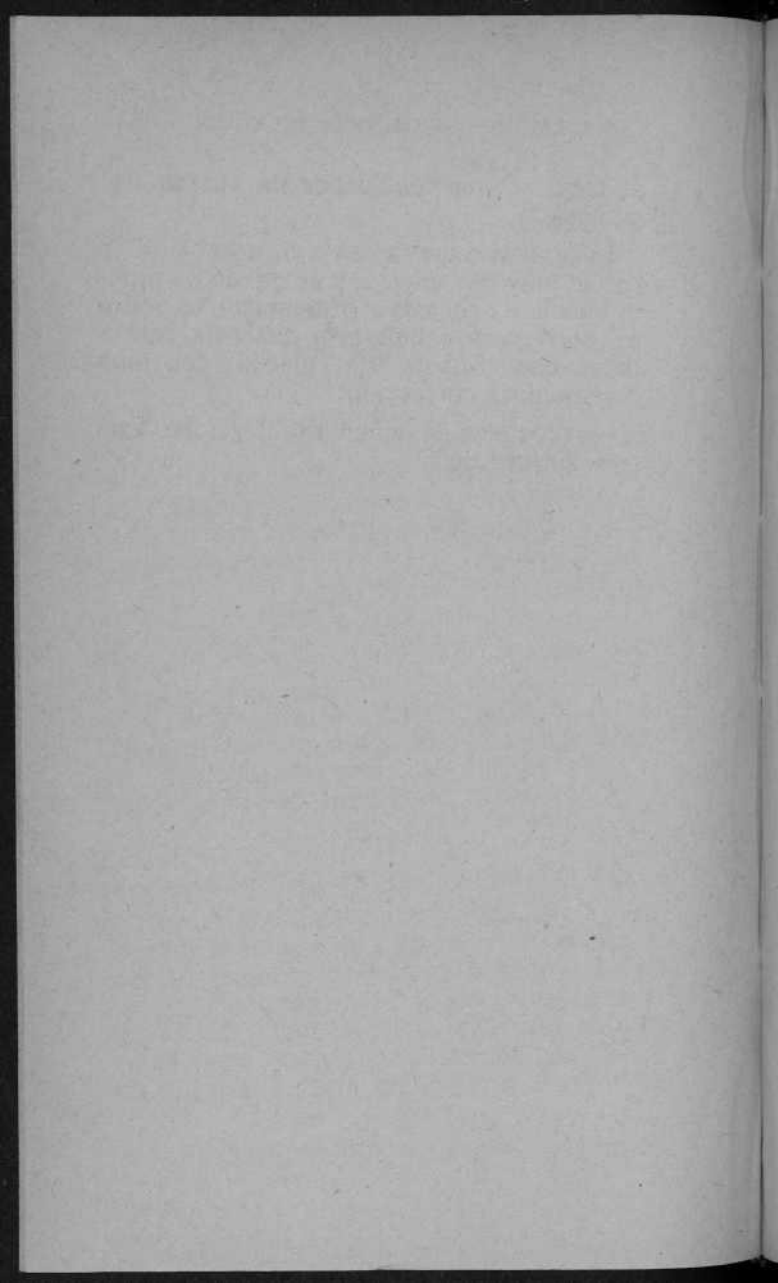
—Luchi—gritó don Ramón—, hoy es día



de alegría..., ha venido por fin nuestro Ramonchu.

Lucía corrió presurosa a él, a hablarle de cerca, muy de cerca..., y se quedó de pronto helada..., cortada... Ramonchu se retiró un paso para saludarla a distancia respetuosa con cortesía fría, glacial, con muy ceremoniosa corrección:

—A los pies de la señorita... ¿Cómo está la señorita Lucía?



SEGUNDA PARTE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

**E**N el rostro de Lucía, muy arrimado a la verja del jardín, se dibujaba el anhelo, mirando a lo largo de la calle hacia la casa del casino, al cual su papá había llevado a Ramonchu a media mañana.

El viejo había acaparado al joven juez en aquellas primeras horas de su estancia en la casa; el forastero se había levantado tarde por descansar del largo viaje; a medio vestir ya se le pegó el tutor, a quien un júbilo nervioso traía puesto en vilo. Le abrazaba con chocho cariño, le ensordecía a gritos; apenas desayunado le arrastró fuera de la casa, a la calle, a lucirle, y a lucirse con él, faltándole tiempo para presentarle a amigos y enemigos, voceando por doquier el acontecimiento, el estupendo acontecimiento de haber venido Ramonchu...

¡Ah!, este Ramonchu...

Todavía no había podido hablar Lucía con él a sus anchas. La frialdad de la primera vista, ella en su optimismo de enamorada lo atribuía a cortedad de él ante el

viejo. La costó convencerse de esto toda una noche de reflexiones y de insomnio; y esta convicción, que era la más consoladora y deseada, la hacía ahora mirar a la calle con enorme ansiedad para ver venir de lejos a Ramón.

Y en efecto, le vió venir... Viéndole acercarse tuvo una emoción intensa; latía su corazón con tan premiosos y violentos latidos, que sentía en la garganta una sensación de ahogo.

Se iba acercando. Ramón la vió de lejos... Lucía creyó notar que la sonreía.

La ingenua señorita pueblerina, cuyo rostro no sabía enmascarar sentimientos, la gran ilusa de toda su vida, acogió al joven con una actitud de candoroso enamoramiento...

En seguida se lo advirtió el joven juez, y pareció quedarse estupefacto, hondamente pensativo, como ante un suceso que él no hubiera nunca previsto. Sus ojos de mirada firme, de hombre de carácter recio, quedaron fijos ante sí, en mirada absorta; y en su frente se diseñó levemente un fruncimiento de entrecejo, como si su frente hubiese recibido de pronto el choque de una idea muy imprevista, muy desconcertadora...

—Has dejado a papá, Ramonchu; te habrá cargado con sus chochees, es un niño, y claro tú...

—Usted sabe bien cómo es la señorita...

—¡Usted... la señorita...! — prorrumpió ella sin poderse contener, en un arranque

de sinceridad que la delató—. Yo te llamo de tú, como siempre, y tú... usted me llama.

—Como siempre también, señorita Lucía.

Ella se quedó helada. Le vió muy absorto, colocado a distancia, de respeto muy digno, muy cortés.

—¡Oh, Dios mío, demasiado cortés!

Advirtió que él se encontraba en situación muy embarazosa, y que disimulaba su turbación, pareciendo embeberse en la contemplación de los botones de rosa que aquella mañana se habían descapullado. Lucía sintió desencadenarse en su alma la tempestad de terribles dudas, en la cual, la noche antes, no naufragaron sus ilusiones todas sólo por un milagro de su ciego optimismo de enamorada.

He aquí que había llegado este momento tan anhelado... y este momento la causaba ahora miedo... miedo a la revelación brusca de una realidad terrible. ¡Oh, aquí estaba Ramonchu junto a ella, a solas con ella en la poética mañana estival, entre los rosales, testigos tantas primavera del florecimiento de sus ensueños! ¡Oh, aquí estaba Ramonchu, el tantas veces, tantos años ensoñado en la distancia; llegado era el instante que ella hasta llegó a juzgar por tan dichoso quimérico de realizarse en presente, pensando en él como futuro! La intensidad de sus emociones ponía una delatora ansiedad en sus ojos mirando a Ramonchu... que no la miraba.

Ramonchu, que seguía en la pretextada contemplación del rosal, habiéndose en seguida hecho cargo de aquellos sentimientos de Lucía, dominó luego la situación con su pronto criterio de hombre de talento, que al punto sabe colocarse en el terreno adecuado. E interrumpiendo el lapso de embarazoso silencio:

—Como siempre, señorita, ¿cómo he de tratarla?—Desvió con habilidad de hombre listo el sentido de la conversación.—¿Pues qué diferencia va de ayer a hoy, señorita? Igual distancia nos separa, usted arriba y yo abajo. ¿Qué ridícula soberbia sería la mía, sí, fátuamente engreído porque he tenido alguna fortuna en mis estudios, me acercase ahora a usted pedantemente, olvidado de mis respetos de siempre, desde niño, para con mis protectores? Yo no entiendo bien esto, señorita Lucía, es para desconcertarse; ¿quería usted acaso que la tutease? ¡Oh, exceso de bondad! No me explico esa contrariedad que revela en su rostro; parece que la causan enojo mis palabras, yo no quisiera... Dios me libre, yo, señorita Lucía...

Demasiado se lo explicaba Ramón. Y tal vez este enamoramiento, tan claramente revelado, de su señorita, constituía un grato triunfo para su alma plebeya. Aquél que de jovenzuelo ya confesaba que la calidad de protegido era humillante; aquél estudiante ambicioso y orgulloso que desde la nada había escalado un alto puesto por obra



de un prodigioso, tenaz y perseverante esfuerzo de su ambición; aquél que de jovencillo se avergonzaba de presentarse ante las señoritas del pueblo, porque no era nada, acaso ahora sentiría, ante la súbita revelación de aquel amor, un íntimo goce: primicias de honor y agasajo y satisfacciones que le tributaba su conquistado puesto de prestigio y valía.

Y cada vez que el «señorita Lucía» hería los oídos de la cándida enamorada, ésta sentía que algo se desgarraba en su alma con tristísimo dolor. Cada vez que Ramón se inclinaba ante ella en profusión servil de cortesés ademanes, en la actitud en que habla un criado a la complaciente señorita que se digna escucharle, cada vez que recibía la mirada humilde de aquellos ojos que ella hubiera deseado que la miraran de bien distinta manera, algo se derrumbaba en el secreto castillo de sus ilusiones. Cada «señorita Lucía», prodigado con intencionada crueldad, era un golpe de piqueta, demoliendo la delicada edificación de su felicidad falaz. Pero ella se debatía en heroica lucha con su desilusión. Aquello no podía ser. No en balde se acarician ilusiones por tanto tiempo, para en seguida entregarlas a la primera oleada procelosa que se las lleve al mar de la nada. ¿Se cifra toda la ternura y anhelo de un corazón juvenil, con toda la intensidad de un amor virgen, para que en un solo momento se sufra el engaño de toda una vida? Quería la joven creer que aque-

llas gélidas palabras que oía eran una pesadilla de sueño; quería creer que eran un artificioso engaño de él, uno de esos engaños con que juegan al amor los enamorados que se saben muy amados, para hacer llorar y darse luego la dicha de ver reír la adorada cara, húmeda aún de lágrimas, vertidas por ellos; quería creerlo todo... todo, menos que aquellas palabras fueran verdad.

Pero veía a Ramón muy sereno, muy serio, con aquel principio de ceño en su frente de joven sesudo, que siempre habla atinadamente, con aquel aplomo de hombre que se sabe adueñar de la situación, con aquella cortesía tan correcta, con aquel ademán tan excesivamente respetuoso. Tenían sus palabras entonación lenta, acento de gravedad, tono de verdad incontrovertible.

Ramón la siguió hablando, gozando ruímente aquel triunfo plebeyamente halagador. ¡Oh, con qué fría crueldad calculaba las palabras y las iba clavando lentamente, como envenenadas saetas en el corazón de aquella señorita de abolengo, que, bien se veía, se había enamorado de él, el hijo de la Braulona! Recalcó sobre el mismo tema, con el morboso placer de quien sabe que hiere humillándose, de quien sabe que se desquita de una vez de pretéritas humillaciones ante la hija del amo...

—Hoy como siempre, señorita Lucía... y repito que no me explico su actitud... yo pido humildemente perdón si inconsciente-

mente la he ofendido, o la estoy ofendiendo, yo no sé si callarme o hablar... mándeme la señorita... Me he equivocado, pues; la buscaba, me he apresurado a acercarme hoy a usted, en esta primera ocasión que se me ha ofrecido para hablarla, o mejor para que usted me hablase, como cuando yo era estudiante, y usted que siempre fué tan bondadosa tenía a bien oirme mis ilusionadas confianzas de chicuelo ambiciosillo... ¡Cuánto se lo agradecía, y cuánto se lo he agradecido! Porque la excesiva gratitud, que es gaje de humildes y protegidos... naturalmente es innata en mí... Aquellas sus palabras de ánimo, su recuerdo, han constituido para mí un estímulo toda mi vida... a usted, pues le soy deudor del pequeño éxito de mis trabajos, señorita Lucía; ahora quería agradecersele... pero si la ofendo... ¿por qué no me manda la señorita callar?, y me llama la señorita de usted... ahora voy a ser yo el contrariado. ¿Cree la señorita que doy yo tanta importancia a mi posición de hoy... a mi cargo de señor Juez... como dice pomposamente el buenazo de su papá...

Se ensañaba en la *cortés* ofensa. Providencialmente llegó en aquel momento don Ramón del casino, poniendo con su presencia fin al incruento martirio de Lucía.

—¡Cómo!—gritó el viejo.—¿Estás aquí, Ramonchu? Yo, busca que te busca por todo el casino... ¡pero, señor!, ¿dónde se ha metido ese muchacho?

La doncella Pilar, anunció que estaba servida la comida.

—Vamos a comer—agregó el viejo, yendo hacia casa—, luego tenemos que ir pronto al casino, Ramonchu, que te acaben de ver todos...

—Pilar...—llamó el joven.

Se acercó la humilde Pirula, modosita, con su carita insignificante levantada con gesto interrogante.

—¿Qué mandaba, señorito Ramón?

—¿Que qué mandaba? Vamos a ver, Pilar; ¿sólo se la puede llamar a usted para mandarla?...

Miró de reojo a Lucía, que escuchaba atentamente.

—Pilar—continuó el cruel,—¿le gustan a usted las flores?

La doncella no contestó de azorada. El juez uniendo la acción a la palabra cortó del rosal contiguo dos rosas.

—Señorita Lucía... si usted fuese tan bondadosa... que aceptase esta flor...

Y luego cambiando el tono, fríamente respetuoso de voz, dijo a Pilar...

—Esta flor, Pilar... ¿ve usted cómo no la llamaba para mandarla nada?... quería darla una flor... la primera flor quizá que haya usted recibido en su vida de manos de un chico...

Pilar se puso muy encarnada y Lucía muy pálida.

En el casino, a donde después de comer le había llevado su padrino, tuvo Ramón una sorpresa gratisima. Mareado ya por los saludos y cumplimenteras enhorabuenas, y hastiado de la empalagosa compañía del tutor, iba ya a abandonar el local, cuando se le acercó, profiriendo una exclamación expresiva de asombro, de incredulidad y de alegría, el telegrafista del pueblo.

—Pero... ¿qué veo?... Ramón... ¿eres Ramón?...

Se abrazaron efusivamente, y, sentados aparte, saborearon el placer de estar juntos los íntimos amigos a quienes durante tanto tiempo había separado la vida. Habían sido ambos, en los tiempos del comienzo de la carrera de Ramón, escribientes en una misma Notaría de Madrid.

—Pero... ¿cómo iba yo a esperar verte por este villorrio?—exclamaba el telegrafista—, ¿de modo que eres de aquí?... Yo, cuando nos perdimos de vista ingresé en Telégrafos. Cometí la locura de casarme en seguida, me llené de hijos, gano sólo 6.000 reales, y he tenido que emigrar de Madrid a un pueblo, buscando la vida barata, la casa de balde, los pequeños gajes de Jefe de Estación Telegráfica; soy recién venido al pueblo... y aquí me tienes: el Telegrafista de Quintanilla de Abajo. Esta es resumida y completa la historia de mi pequeña odisea: en tu pueblo, en el pueblo al que me dijiste tantas veces habías jurado no volver hasta que no fueras algo... y

hoy que eres juez, te dejas ver de los quintanillanos... ¡bravo!, eres todo un carácter, todo una voluntad. Los tarambanas como yo, ya ves cómo progresan, en lo que paran... ¡telegrafista de Quintanilla de Abajo!

En reminiscencia gratisísima rememoraron los lejanos tiempos de su convivencia.

—Yo—decía el telegrafista—, con sencillo tono de sinceridad, desprovista de adulación—siempre esperé de ti que subirías, desde el primer día que te conocí; puedes estar satisfecho, sí, Ramón, y yo también lo estoy de tener amigo tal, no sólo he de tener amigos botarates como yo. Aquellas encerronas que te imponías en las pocas horas que nos dejaba libres nuestro aperreado destino de escribientes, aquella tu vida de fraile austero... este fruto te ha dado.

Ramón paladeaba la sincera lisonja; gozaba secretamente de su triunfo ante aquel empleadillo, antiguo compañero de humilde profesión, que no había sido listo, y no había servido para ser algo, para conquistar un puesto prestigioso en la sociedad.

El empleado, con ingenuo orgullo ante los concurrentes al casino, se pavoneaba con el juez, daba palmarias muestras de su intimididad; ya se enterarían, ya, de cómo le tuteaba; pues ¿qué creían los de Quintanilla?, ¿que el de Telégrafos era un don Nadie, sin amistades prestigiosas?

—Pues constituyes, amigo Ramón, un acontecimiento en Quintanilla. Ignoro si lo sabrás, te lo digo porque sé que no hay

miedo de que te enorgullezcas: todos los hombres de talento sois naturalmente humildes. Pues sí, un acontecimiento... el héroe de una expectación general... sobre todo, entre las señoritas quintanillanas...

Ramón sonrió, gustando la íntima satisfacción del desquite de otros tiempos de humillación, en que las señoritas del pueblo despreciaban al hijo de la Braulona.

—¡Oh, qué vale eso!—profirió con gesto de displicencia—. No es ciertamente para enorgullecerse el ser tema de ilusión de señoritas de Quintanilla de Abajo.

—Verdad; tienes mucha razón, Ramón. Ya ves, yo cuando vine... Verás, te lo voy a contar, es una ocurrencia que tiene gracia: Vine sólo, dejando en Madrid a la mujer y a los hijos, en tanto que llegaban los muebles y se arreglaba aquí la casa. Al verme sólo y joven, todos me creyeron soltero, y yo, por correr una broma, no deshice la falsa creencia y... ya ves... esto da algo de lástima, porque revela la situación de estas pobres chicas... a mí, pobre telegrafista de pueblo... me rifaban. Nunca me sentí tan bien recibido, tan halagado entre el bello sexo.

Los padres de chicas casaderas me agasajaban amablemente; los hermanos de ellas se me ofrecían a por fía por amigos, y no me dejaban pagar el café en el casino, me llevaban a sus huertas a comer fruta, y allí, por supuesto, se me hacían las encontradizas las hermanitas en sugestivos *habillées*

caseros. Hice el amor... a tres a la vez... No te rías, es rigurosamente cierto. Bien es verdad que en esto no hubo solamente malicia, hubo confusión de personas: se trata de tres hermanas muy parecidas, ya las conocerás sin duda, llevan de apellido un latinajo que siempre me cuesta recordar... Urdambidelus... yo las llamo «venid y vamos todas»... Yo no las sabía distinguir fácilmente una de otra... a las tres hice el amor... y las tres me dijeron que sí, las tres con las mismas palabras. Ya ves... siendo un triste empleadillo... los estragos que hice...

—Tú siempre el mismo—sonrió el juez con superioridad indulgente—, y ¿después?

—Figúrate después... cuando vino mi familia, y me supieron padre de cuatro hijos... no me la han perdonado... nadie me puede ver... no tengo más que enemigos en Quintanilla, sé que andan mal, metiendo al cacique para que me traslade... y algo de razón ya tienen, ¿verdad, Ramón?, se la jugué de a puño, fué un bromazo muy pesado... una sinvergüencería...

—Sólo tú eres capaz de eso... quien te conozca...

—Pues a lo que iba, Ramón; si mi persona causó tal sensación, ¿qué sensación será la que has promovido tú...? Porque, excuso decirte, llegaste ayer por la tarde, pero ya sabe todo el pueblo lo que eres, a qué punto te han destinado, que vas a estar sólo aquí un mes, que tu padrino, a quien obe-



deces filialmente, te aconseja que te cases, para dejar de andar rodando por hospedajes, y que te cases con una señorita de aquí, con una conocida...

—Pero, ¿cómo?

—Porque en los pueblos todo se sabe, y además porque tienes en tu padrino un paladín] pregonero de todas vuestras cosas: esta mañana, por lo visto, ya estuvo aquí, y habló, habló... Yo apostaba a que en la comida de hoy en todas las mesas de Quintanilla se ha hablado de un mismo tema: de tí. A esta hora ya habrá comenzado el baile en la plaza... vete, hombre, vete allá... porque estarán los corazoncitos de las quintanillanas latiendo de angustiosa expectación.

Rió con todas sus ganas Ramón y fingiendo seguir una broma.

—¿Tánto?—preguntó

—Por lo visto—se expresó el botarate telegrafista—, tú no sabes lo que son señoritas de pueblo, lo trágicamente insoluble que es para ellas la pesca de novio. Si yo fuera escritor... Tengo pensado obsequiar a cualquier literato con el argumento de un drama cómico-sentimental, o de una novela de esas que hacen llorar a señoritas...

—¡Ca!

—Como lo oyes, y es una tragicomedia que yo he presenciado aquí... Se podría titular de tres modos, a cual más apropiados:

—A ver.

—«La boda del *americano*», o «la inmo-

lación de la señorita del pueblo», o «un asno casado con un ángel».

—¡Zambomba! El último título es el más sugestivo, yo te lo aconsejo.

—Y mira, precisamente allá está el protagonista, aquel sujeto que ves allí, tomando su café, con aire de importancia, como si él sólo tuviese derecho a tomar café en el mundo... ese es el *americano*, un personaje de Quintanilla de Abajo...

Miró Ramón hacia donde disimuladamente le señalaba su amigo, y vió a un sujeto burdo, con cara de patán y aspecto de bruto, fastuosamente y estrafalariamente vestido, ridículo con sus joyas profusas y de mal gusto, extendiendo con afectación los dedazos de cavador cubiertos de coruscantes sortijas cegadoras.

—Pues ese es el *americano*. ¿Adivinas su vida? De chicuelo emigró a América con los pantalones rotos por detrás, y descalzo de pie y pierna. En una tienda lóbrega y maloliente fué en sucesivas épocas chico recadero, dependiente, socio; treinta años barriéndola, oliéndola, enranciándose como una bacalada de mala venta, durmiendo por la noche bajo el mostrador, y en el mostrador sonriendo estúpidamente a la parroquia durante el día. Ese fué su mundo, su vida... y claro, año tras año se le fueron amontonando pesos y más pesos... y una noche, durmiendo bajo el mostrador, soñó que volvía a Quintanilla de Abajo, y que se casaba con una señorita, el bruto, con toda una se-

ñorita fina... Y vino. ¿Le ves? No sabe ni hablar; esto se le adivina con sólo mirarle... Bueno, pues ahora viene lo sentimental... ¡pobres señoritas de Quintanilla de Abajo!... Está casado con una señorita... pero ¡qué señorita! ¡si la conocieras!... una señorita angelical, soñadora, sentimental, muy educadita—abunda mucho esta señorita en los pueblos—; ¿qué tragedia será la vida íntima conyugal de esa delicada señorita inmolada a ese burro con sortijas? ¿Qué te parece? ¿Estaría mejor el título de esa tragicomedia «La boda de un americano o la boda de un burro?»

—De un burro — celebró con risotadas Ramón.

En este momento se les acercó un señorito del pueblo, hermano de señoritas casaderas. El telegrafista sonrió con disimulo a Ramón muy expresivamente.

El señorito gancho saludó al joven juez con franca cordialidad espontánea, se le ofreció incondicionalmente, le invitó a pasear juntos y luego añadió:

—¿Le gusta a usted la fruta?

El telegrafista se mordía ferozmente los labios, y se apretaba los costados, porque iba a hacer explosión su risa inconveniente.

—¿Quiere usted venir a mi huerta? Ahora están muy buenas las cerezas... también hay melocotones...

El telegrafista se levantó de repente, se marchó de allí sin abrir la boca, se fué a otro sito a reír, a reír con una explosión de

carcajadas penosísimamente hasta entonces contenidas.

Ramón se excusó con cortesía, dando gracias al amable y espontáneo amigo, sonriendo, sonriendo...

\* \* \*

Aquella tarde acudieron al baile de la plaza las señoritas, ataviadas con sus trapijitos más *impresionantes*... ¡iban a ser vistas por primera vez de Ramón!...

Amparito Bachiller, que por cierto había estrenado la estupenda crema, reservada para ocasión decisiva, acosaba a preguntas a Lucía, causando la hilaridad de todas.

—Oye, Luchi, tú que le viste ayer nada más llegar, tú que le habrás tenido toda la mañana en casa, explícanos cómo es... ¿es guapo?, ¿es nada más que regular? Pero feo no será... ¿eh?, absolutamente feo... Además, hay tan pocos hombres del todo feos... sobre todo si son jueces casaderos...

Ya estaba vibrando en el aire la agria risilla cacareada de Paquita Flor; y ya estaba santiguándose la *Gestitos*.

—¡Ay, hija! ¡Qué cosas tiene esta Amparo!

—Pero ¿hablarás, Luchi?—acosaba la *Bachillera*;—parece que tú no tienes ilusión por él... ¡como se nonoce que tú posición te hace mirar tranquila el problema del novio!.. te permites el lujo de no ilusionarte con Ramonchu... a lo mejor ni te has fijado en él...

En cambio nosotras... ¿verdad vosotras?... tan majitas que nos hemos puesto... yo... ¿no me lo conocéis en el cutis? hasta he estrenado... la crema decisiva...

Rieron todas. La mano de Leonor se descoyuntaba a hacer garabaditos de cruces.

— ¡Ay, hija, Amparo... ¡esta Amparo!...

Lucía, con un vago gesto de tristeza que interpretaban todos por aburrimiento, se hacía la desentendida, desviaba la conversación, y al fin, convenciéndose de que esto no la era posible, se cogió del brazo de su vecina Genoveva, y se apartó del grupo paseando con aquella enamorada Genoveva, la de la ferviente espera diaria del cartero que la traía carta del ausente novio. Teniendo miedo a sus propios pensamientos, no queriendo prestar oídos a la amarga voz de su desilusión, Lucía se interesaba en oír a Genoveva y forzaba toda su atención en escuchar a aquella feliz enamorada, que advirtiendo que la escuchaban propiciamente, hablaba, hablaba sin cesar de su amor desbordándose en palabras la abundancia del corazón. Y en raro martirio Lucía la oía hablar de amor feliz, ella que estaba pasando un día de tormento a causa de desilusiones de amor, y la escuchaba tenazmente, porque sabía que si se distraía, su pensamiento había de recaer fatalmente en el negro tema de su desengaño...

La pandilla de señoritas siguió hablando de Ramonchu.

—Yo le he visto esta mañana—dijo una de la Urdambidelus.

—Y yo.

—Y yo.

Las tres hermanas le habían visto, y las tres a la misma hora. Las tres hicieron de él la misma referencia:

—Es alto, muy buen tipo, morano, con bigote...

—¿Usa lentes?—preguntó Amparito.— ¡Ay, a mí me ilusionan los que gastan lentes...!

La banda comenzó a tocar un bailable. Era todavía hora muy temprana, y a la sazón sólo bailaban algunas criadillas y mozuelas. Las señoritas, habiéndose cansado de pasear, se sentaron en unos bancos de la plaza, mirando el paseo.

Era milagroso cómo estas señoritas, que siempre estaban juntas, y cuya monótona vida amenizaban tan pocos acontecimientos, tenían siempre de qué hablar. Ahora se estaba planteando un recurso de conversación de tema inagotable: la crítica de vestidos.

—Pero ¿os fijáis qué disfrazadita la han puesto hoy a la pobre?

—¿A quién?

—A la hija del Secretario.

Pasó ante ellas la pandilla de semi-señoritas, la hija de un tabernero enriquecido; las hermanas de los carniceros... todas vestidas con un lujo caro, aunque de mal gusto. Las señoritas se pirrabán por sacarlas fal-

tas... a las pseudo-señoritas que se las querían igualar.

—Esas nos pescan al juez— exclamó con alarma cómica Amparito.

Risotearon divertidísimas. Pasó entonces la pareja Lucía y Genoveva, y recalcó Amparito, halagada con el éxito de la feliz ocurrencia.

—Luchi, decimos que si nos le atraparán esas...

Lucía siguiendo el paseo con la amiga, sonrió enigmáticamente.

—¡Quizá!...

En el grupo de las semi-señoritas iba la insignificante Pirula, la prima y doncella de Lucía, a la orilla del grupo, callada y humilde entre todas, con su trajecito oscuro, con su peinado anticuado, con su facha de so-sería y acobardamiento.

El baile se había ido animando; ahora estaba en su apogeo el zurriburri de las de medio pelo... éstas siempre tenían bailador.

—No viene...—exclamó una señorita, haciéndose eco del pensamiento de todas.

—Estará en el casino—sentenció otra,—con la pandilla de chicos... tengo yo una rabia al casino, a la baraja...

Se disponían a bailar las señoritas una con otra, cuando algunas o todas a un tiempo exclamaron en rica gama de tonos admirativos.

—Allá viene... Aquél es...

Y venía en efecto Ramón. Se olvidaron ellas de bailar, en un grupo todas, mirando

de reojo al que venía. Este se acercaba a la plaza despacio, y en un punto las semi-señoritas, que iban paseando en sentido contrario, estuvieron ante él.

Ningún detalle se les escapó.

Ni tampoco a Lucía, que ahora sí se distrajo de la conversación que iba sosteniendo Genoveva acerca del novio ausente.

Ramón saludó al grupo de las pseudo-señoritas con fineza muy natural; luego sonrió particularmente a Pilar... ¡a la Pirula!... y... —esto era increíble— se colocó al lado de ella a pasear.

Latían premiosamente los corazones de las señoritas de Quintanilla de Abajo.

Los ojos de todas ellas espiaban con más o menos disimulo. Ramón venía hablando con Pirula, con Pirula sólo, la cual se ponía muy colorada, muy azorada y acobardada; no acertaba ni a andar. ¿Qué la diría él? Ya estaba cerca; ¿la iría a dejar Ramón ahora para acercarse a ellas..., a las señoritas?... Pero no... ni se fijó en ellas, y hasta... bien lo observaron todas, él pareció porfiar... Pirula se resistió con cara de extrañeza, con humilde ademán parecía decir: ¿a mí? ¿pero a mí?... Y se pusieron por fin a bailar... ¡a bailar el juez con la Pirula!

Amparito senteció en medio del general silencio:

—Vivir para ver... La Pirula nos le atrapó.

Ellas estupefactas no rieron, no. Una risa de hombre, empero, sonó muy cerca de Amparito, Volvió ésta la cabeza, y vió muy jun-



to a sí al muchacho de la Sonsierra, al «cara de difunto», como le llamaba:

—Y esto es más raro aún...—profirió ella —¡riéndose usted! La primera vez en mi vida que le veo a usted reír... ¡vivir para ver!

—Y otra rareza mayor: la primera vez que me va a ver usted bailar... si es que usted no me desaira...

Las demás señoritas se pusieron a bailar unas con otras.

Sintió Lucía miedo al ridículo; se sentía poner mala aplastaba su corazón una opresión, que la hacía experimentar la sensación de faltarla aire que respirar; se apoyó en el brazo de su amiga Genoveva; pidió a Dios que la librara del bochorno de ponerse mala en pleno paseo, ante todo el pueblo que tal vez adivinaría la humillante causa de aquel malestar.

Miguelito Azcúnaga se había acercado solicitando un baile a Lucía. Ella se excusó, con el pretexto de no dejar sola a Genoveva. Pero ésta dió plena libertad a la amiga diciendo que se iba a casa en seguida; se acercaba la hora del correo de un momento a otro el cartero repartiría por su calle la correspondencia.

En esto se terminó aquel baile. Lucía que no había dejado de observar a la pareja de Ramón y Pilar, los vió ahora pasear retirados siguiendo la interrumpida conversación. La vista de ellos la ponía mala, y no podía librarse del tormento de mirarlos; parecía que la sugestionaban, que la atraían magné-

ticamente la mirada, en fascinación dolorísima.

Advirtió vagamente que Miguelito la hablaba bajo; ¿la estaría por segunda vez pidiendo relaciones amorosas?; no precisaba ideas, ni tenía dominio sobre sus sentimientos; se le borraba lentamente, como si fuera cayendo en un sueño de pesadilla, la noción del tiempo, del lugar, de todas las cosas... La pareció que se desvanecían las imágenes ante su vista que adquirían extraños contornos los objetos, que se movían los árboles de la plaza como en una danza fantástica, que ondulaba el suelo como la superficie de un mar agitado, que la muchedumbre bullía en revoltijo mareador, desfiguradas las caras con gestos estrambóticos... y en la borrosa visión de pesadilla... allá en el fondo del cuadro fantasmagórico... la pareja Ramón y Pírrula se destacaba con trazos vigorosos, precisos en la confusión de todo, la cara radiante de felicidad de Pilar, los ojos enamorados de Ramonchu... Pidió Lucía a Dios que a lo menos la librara del bochorno de ponerse mala allí...

—Pero Luchi... ¿quién lo iba a esperar?— la voz alegradora de Amparito Bachiller la hablaba al oído—¿no sabes, queridita? Me ha pedido relaciones... ¡que ajena estaba yo, Dios mío! por fin hoy se ha destapado ese chico de la Sonsierra... el de los caballotes de estatua... ¡Ay, que tarde esta Luchi; que tarde más feliz! Tu también estás de enho-

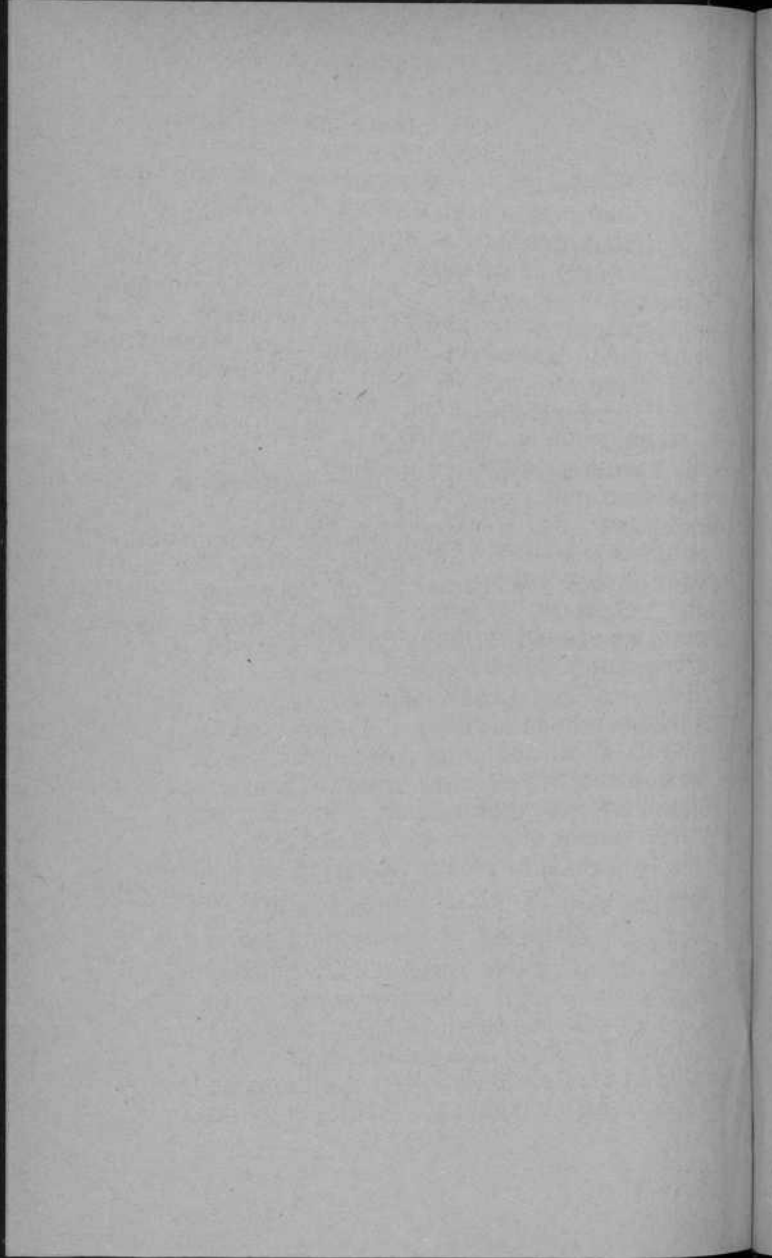
rabuena, creerás que no me he fijado... te ronda Miguelito... ¿como no bailas?

—Me voy... me voy con Genoveva que espera carta... ya es hora del correo, ¿verdad, Genoveva?... nos vamos...

Y se fué de allí con la amiga vecina, de allí donde estaba el que fué su ilusión más querida y que ahora era su tormento.

Al despedirla Amparito, que estaba radiante de alegría, la dijo secretamente:

—Pues sí, Luchi, ¿no lo crees, verdad? A mí también me parece un sueño: me ha comprometido todos los bailes de esta tarde, y eso que no sabe bailar... esto es un milagro... ¿sabes de qué?... de mi crema decisiva... Dame la enhorabuena; yo también te la doy a ti por lo de Miguelito, ya se corre el rumor por ahí... le has engachado, puede que también hayas estrenado hoy tú alguna crema decisiva.



**E**n los días siguientes, Lucía apenas salió de su cuarto.

Allí, a solas con su pena, dejó resbalar sobre sí las horas de los días, en ese trisísimo estado de desaliento en que las grandes desilusiones dejan a sus víctimas; en ese cansancio espiritual; en esa laxitud de anonadamiento en que abrevan las almas desfallecidas, el amarguísimo acibar de la desgana de vivir.

Cuando durante mucho tiempo han seguido una ruta de vida las almas y ha hecho el corazón un largo rumbo hacia un punto del porvenir, vislumbrado entre aurorales fulgores de ilusión; cuando todos los deseos de una vida se han dirigido imantados hacia un ideal; cuando la esperanza en inseparable compañía, como un ángel de la guarda, ha guiado la suma de anhelos a través de los días y los años hacia una buenaventura soñada, es terribilísimo el momento de la desilusión, este momento culminante de una larga ascensión ilusa, este decisivo momen-

to final de un transcurso de tiempo, cuando repentinamente llega la prueba reveladora, y ante los cansados pies del alma peregrina, se quiebra la ruta en precipicio abismático, y al navegante corazón cortan el rumbo, hileras de escollos batidos por bramadores oleajes; y entonces, se busca la mano guía-dora de la esperanza, y se busca en vano.

En este momento, las almas están desconcertadas, en suspensión, sin saber qué orientación seguir, perdidas en el caos de la vida, sin norte, sin esperanza, como si ya no fuera posible seguir viviendo, con desgana de emprender nueva ruta, que acaso la vuelva a llevar engañosamente a otro abismo, con miedo de lanzar de nuevo el corazón a la mar, que volverá a hacerle naufragar, rompiéndole en escollos.

Es muy difícil reedificar una vida que se ha desmoronado en ruinas, y sobre ser difícil, es muy doloroso, y sobre todo esto, se hace casi imposible, a causa, de que en la catástrofe espiritual, parece que se ha roto la voluntad; no se quiere volver a empezar nuevos ciclos de vida, ni siquiera se desea; no hay más que desgana abúlica, total, supina.

Y para mayor dolor, Lucía comprendió que su «cataclismo» espiritual era... hasta ridículo. ¿Cabe mayor tortura que comprender la sinrazón de su dolor? ¿Es posible situación de mayor tristeza que cuando tras de abofetearnos la adversidad nos hace una

mueca de burla? Hay una compensación de satisfacción en la desgracia, cuando uno se nota verdaderamente desgraciado; existe la voluptuosidad de la tristeza plena, sancionada, verdadera; la aquiescencia de la razón, cuando asiente y dogmatiza la causa del dolor, es un bálsamo sobre las heridas; cuando la reflexión propia y el razonar ajeno nos autorizan a estar tristes, se inicia un principio de consolación; es una exquisita mitigación del mal, la autocompasión razonada. Pero cuando el reflexivo raciocinio, buscando en el fondo aparatoso de nuestras penas, descubre la vanidad de las causas, la sinrazón de las lágrimas, y con cruel claridad sanciona que sufrimos por tontos motivos fútiles, entonces las penas, no es que se consuelen. es que se truecaa en absolutamente inconsolables.

Y así, en la soledad de su cuarto, oía Lucía la voz de su raciocinio, que, en vez de consolarla, la llamaba tonta.

Las palabras más terribles que pueden sonar en los oídos del triste, son éstas: «Pero si lo que te sucede, es natural; si este suceso que te hace desgraciado, era el que tenía que suceder lógicamente...»

Y este eco, de atroz recriminación, sonaba en el interior de la joven: ¡Oh, ilusa ridícula! ¿En qué fundabas tus tan absurdamente seguras esperanzas? ¿Sobre qué base edificaste tan quiméricos castillos? Has sido toda tu vida el ludibrio, no compasible por

tan candida, de pensamientos burdamente falaces, que urdían en tu imaginación historias a la medida de tus deseos. Si esto era lo que había de esperarse, ¿no tenías indicios para conocer el carácter de Ramón, que desde jovencillo mostraba tal orgullo que hasta se avergonzaba de su calidad de protegido? Y ahora que se conquistó el prestigio de una brillante carrera, ¿creiste, ilusa, que la iba a ofrendar a tus pies, y ligar su vida a la tuya, para nunca verse a tu consideración redento de su papel de inferioridad; él, el hijo de la Braulona, casado con la hija del amo, ¿para ser siempre el más inferior, el advenedizo, el afortunado? ¡Oh, tonta! Aprende a cifrar tus ilusiones en cosas no absurdas. ¿Lo ves ahora? El «mañana» que él ambicionó y con el que tú soñaste, sirvete para sufrir. Ama Ramón a Pilar...; como es hombre de talento y dignidad, no mendiga riquezas por ruin combinación matrimonial; el humilde busca a la humilde, a la que nunca llamó «señorita»; el «protegido» se juzga dichoso, dando su amor a la «protegida»; él, el hombre conquistador de culminantes prestigios, quiere tener la gloria de ensalzar consigo a la baja. ¿Qué hay en todo esto que no sea muy natural? Pero, ¿qué es lo que te da derecho a considerarte postergada, despreciada..., engañada? ¿Qué pruebas recibiste de Ramón que revelasen algo más que correcta cortesía?

Y Lucía, dando la razón a la amarga voz



que sonaba en su conciencia, y asintiendo a ella, y considerando ridícula e inmotivada su pena, sentía, sin embargo, desgarrársele el alma porque también las penas juzgadas ilógicas, son igualmente dilacerantes. ¡Es tan desgraciado y miserable el humano, que pudiera ser feliz si no le hiciesen desgraciado más que las penas verdaderas! Y penas verdaderas en este mundo, no hay más que el remordimiento de haber pecado, y aun esta única verdadera pena del remordimiento, se consuela omnímodamente, y muy fácilmente, con el siempre pronto generoso perdón de Dios, el GRAN MISERICORDIOSO, y sin embargo, el raudal de lágrimas de los desgraciados, anega el mundo.

Y así la pobre Lucía, considerándolo sensiblería vana, no tenía libertad para apenarse, y retenía coartado su dolor, y detenidas sus lágrimas, que tanto la hubieran consolado corriendo libremente. Se privaba de la sutilmente consoladora voluptuosidad de la dulce melancolía; y ponía dique a la expansión de su sentimentalismo, acordándose de las veces que su papá la había llamado sensiblera, estúpida, llorona señorita de pueblo.

Y era cruel consigo, extremando la cohibición de sus sentires; llegaba a admitir como corriente y general en la vida, estas caídas en desengaño, este derrumbamiento de esperanzas, este marchitamiento de ilusiones; llegaba a creer que así eran to-

das las vidas, la vida: ascender trabajosamente agrios repechos, para rodar luego en despeñamiento; soñar dulces engaños, para luego despertar a amargas realidades.

Largas horas en esto pensaba y lo creía, acodada a la balaustrada de su balcón. Miraba su jardín fioreciendo la cosecha periódica de flores, que luego habían de marchitarse; se diría que eran los rosales de la misma condición que las almas demasiado ingenuas, que no aprenden en el escarmiento repetido de desilusiones, y ahojan y florecen al primer leve influjo primaveral, sin temer a los agostadores y asesinos soles vernales.

Paseaba Lucía su mirada por la campiña del valle, que anualmente se engalanaba con rozagante ropaje de verdura, destinada a agostarse en breve. Consideraba la pompa umbrosa de las arboledas, que habían de desnudar impiamente vientos otoñales. Contemplaba la pasajera alegría del paisaje de la sierra Moronta, que, transcurrido algún tiempo, habían de enlutar crespones de nubes, y ennegrecer gélidos cendales de nieblas, y ensudariar ampos de nieves.

Y así, la misma naturaleza parecía darla a entender, que las vidas de las almas en este mundo, están concertadas dentro del ciclo de leyes de las cosas materiales, que no son más que símbolos de las espirituales; que también las almas tienen su primavera, y su agosto, y su invierno; que una perio-

dicidad inquebrantable, divinamente prefiija, hace alternar en las almas las cosechas de alegrías primaverales y establece las épocas del reinado de tristezas invernales; que el corazón está reglado por las mismas leyes que ordenan que las rosas renazcan para tornar a morir; que retoñe la vegetación destinada a agostarse; que las arboledas ahojen para ser ludibrio del viento; que la sierra hosca se embellezca en el breve lapso de tiempo que la conceden la última y la primera nevada.

Muchas veces tuvo Lucía que retirarse de su balcón, porque con frecuencia — se creería que cruelmente calculada—, Ramonchu llevaba a Pilar a pasear bajo el mismo balcón, por el jardín. Se retiraba entonces Lucía..., ¡oh!, su sentimiento no era, no, de despecho o rabia, o envidia...; en aquellos momentos, solamente se recrudecía la compasión hacia sí misma. ¡Fueran en hora buena felices! Su alma fina no podía albergar ruines sentimientos..., se limitaba a compadecerse a sí misma... refrenando su sentimiento... ¡por miedo a que fuera sensiblería! Y como no cerraba el balcón por miedo a revelar su íntima pena, se refugiaba en el rincón más apartado de su cuarto y se tapaba los oídos, porque se decía que adrede Ramonchu pronunciaba muy alto sus palabras de amor a Pilar.

Por ese miedo a ser sensiblera, aquellos días no se atrevió a abrir su plano. Estaba segura que ahora iba a ser de verdad «la se-

ñorita de pueblo que llora tocando el piano», como decía su papá. Hubieran sido para ella muy consoladoras ciertamente, las melodiosas composiciones de Haydn, cuyo sentimentalismo ingenuo tanto la gustaba; sobre todo, el de aquella sonata que en el cuaderno llevaba por registro el retrato de Ramonchu, y que ella tantas veces tocó, poniendo toda su alma en la mirada al retrato... del adorado ausente.

El día que don Ramón la llamó sensiblera, no alcanzó, no, a comprender el daño que la hacía. Ahora, la voz de su papá sonaba cruelmente en todo instante, con sevicia de pesadilla monstruosa, acibarando sus penas; ¡sensiblera, estúpida señorita de pueblo...!

Por eso, a las horas de las comidas acudía al comedor, muy disimulada su interior pena. Don Ramón no advirtió en ella nada anormal. Ramonchu se apresuraba a saludarla siempre tan correcto, tan humilde, tan respetuoso.

—¿Cómo está la señorita Lucía?

Y la señorita Lucía, heroicamente magnánima, alma prócer y exquisita, le sonreía... y le seguía tuteando.

\* \* \*

Hubo aquellos días una novedad en la mesa. Don Ramón, por halagar a su ahija-

do, cuyo interés por Pilar había advertido, había dispuesto que su sobrina, la *Pirula*, no sirviera ya la mesa, como de costumbre, sino que comiera en familia, sentada al lado de Ramonchu.

Este día, Lucía tuvo durante toda la comida una risilla nerviosa que la traicionaba.

Amelia, la hermana casada, la interpretó muy bien, y así, habiéndose quedado las dos solas en el comedor, terminada la comida, se acercó a Lucía con un gesto compasivo, dibujado en su cara prematuramente aviejada.

Ultimamente, la prolífica Amelia se había estropeado aún más: estaba de nuevo en cinta. Había tenido que destetar a destiempo al pequeñín, y éste, protestó de tan injusta medida y de tal rigor de la naturaleza, dando en desquite de venganza, una guerra atroz a la madre. El destete prematuro, se complicó con la dentición en plenos calores estivales; estas circunstancias, exacerbaron el natural temperamento guerrero del chiquillo. La madre le pagaba; la mayor parte de las noches pasábalas en vela zarandeando al llorón; y las malas noches y los aperreados días, tenían a la pobre Amelia como pasada, de cansancio y de aburrimiento; y a la sobra de ajetreo y a la falta de descanso, se añadía la extenuación de sus fuerzas, a causa de su estado delicado y muy necesitado de reposo; cruelmente, negaba la naturaleza imprescindibles

plazos de descanso a aquella mujer, exhausta de energías en la tarea agotadora de dar hijos.

Y así, el gesto de tristeza compasiva, adquiriría mucha fuerza de expresión en aquel su rostro, consunto por los estragos de la excesivamente generosa maternidad.

A Lucía le impresionó mucho este gesto. Las palabras que pronunció Amelia tenían un tono, que la voz desfallecida hacía naturalmente patético.

—Pobre Luchi..., he adivinado toda tu interior tragedia...; tragedia, sí, aunque se rieran si tal la oyeran llamar los que no saben que estas «penillas» de amores adquieren en vuestros corazones juveniles, disparatadas proporciones de trágico duelo.

Lucía la oyó sin interrumpirla, sin tratar de ocultarle su pena a la hermana, que adivinó su pensamiento y ahora sondeaba su desengaño. Estas fueron las primeras palabras de consuelo que había oído.

—Pero a la vez te digo, Luchi, que algún día te reirás de esta tu pena de ahora. ¡Pobres jovencillas, a quienes la vida, no pudiendo todavía herirlas con penas verdaderas, las abrumba engañándolas con penas falsas... Me creerás a mí, que fui muy ilusa, y muchas veces derramé lagrimillas tontas... aquella era otra vida distinta de la mía de ahora... Créeme: vosotras, las jovencillas solteras, aun cuando estáis tristes, sois dig-

nas de envidia, porque vuestras tristezas son, como esas sutiles nubes de verano que hasta embellecen el cielo, porque al primer rayo de sol, se tornasolan de arboles... Esas penillas son «pucheritos» que hacéis las demasiadamente mimadas por la felicidad...

Lucía miró a su hermana con gesto de desaliento y desesperanza: también ésta, en vez de consolarla, parecía llamarla sensible... Y Amelia, comprendiendo por aquella mirada que quizá era una cruejidad hablarla así, dió otro rumbo a sus palabras de consuelo.

—Pero esto no obsta para que te creas y te sientas desgraciada, muy desgraciada...; yo adivino tu constante tormento de todos los días, de todas las horas, viviendo bajo el mismo techo que aquél a quien amas, y que ama a otra; ya lo he pensado, ¿y sabes lo que se me ha ocurrido? Uno de estos días viene nuestra hermana Ramona a ver a papá, se marchará en seguida probablemente, pues no trae otro fin que el de ver al viejo; pues he pensado, que te marches con ella a Tras la Moronta; nunca has ido allá, a nadie extrañará esta ida; permaneces ausente todo este mes, que es el que estará aquí Ramonchu, y transcurrido el mes, después de que, casado o no con la *Pirula*, se marche él a su destino, vuelves; pero en tanto, te ahorras mucha pena alejándote de aquí... hasta que se marche aquél con cuya

venida soñaste tanto, pobre Luchi... Pero, ¿estás llorando? Si esto te consuela, llora libremente..., no temas que yo, como papá, te llame sensiblera...; al fin y al cabo, las penas todas de la vida, por muy serias y trascendentales que se juzguen, tal vez hagan sonreír a Dios por encontrarlas frusleras e inmotivadas. ¿Quién sabe deslindar el sentimentalismo de la sensiblería? Y así, te consuelas conmigo, la hermana mayor que se hace cargo de todas estas cosas...

Amelia, cuya vida estaba tan amargada, no hacía muy bien el papel de consoladora, y así, inconscientemente e involuntariamente, recayó en el inconveniente tema que asomó al principio de la conversación.

—Te habla la hermana casada, a quien la vida dió ya mucha experiencia; es decir, muchos desencantos. Ya ves... ahora mismo, llorando como estás..., ¡te tengo una envidia! Créeme: no es lo más triste llorar; es más triste la sequedad del alma, la aridez del corazón, la abulia del espíritu sobre el que resbala la vida sin hacerle llorar, pero tampoco reír; más vale llorar ilusiones marchitas, que no tenerlas; juventud quiere decir anhelos, zozobras, engaños, desasosiego, turbulencias, súbitos cambios de ánimo, torbellino de sentimientos, agitado mar, desilusiones, vanos fervores, tumultos de ideas, sobresaltos del corazón...; juventud casi quiere decir desdicha..., y ¡cuánto se ama la juventud! ¡Bah, tontuela, con tu juventud, con tu belleza, pronto volverás a acariciar



ensueños de amor; las oleadas del agitado mar de la juventud, cuanto más embravecidas, más rápidamente pasan; es un consuelo pensar que nada es estable sobre el corazón joven, ni penas, ni alegrías... ¿Qué no volverás a tener ilusiones? ¿Te has fijado alguna vez en los rosales durante el invierno? ¿Quién espera rosas de aquel feo erizamiento de tallos renegridos, helados, muertos? Ya verás cómo en tu corazón, que también es hoy un helado erizamiento de espinas, vuelven a retoñar las rosas...

Pero Lucía, lloriqueando, decía con la cabeza que no. La hermana casada la miraba, y no sabía si reír tal ingenuidad o compadecerla; y la cabeza de Lucía, en triste signo negativo, seguía expresando que no, que no; que no más de una vez es posible sufrir tal naufragio de ilusiones; que no volverían a jugar cruelmente con su alma ludibrios de esperanza; que no, que no...

\* \* \*

A media mañana del siguiente día, había venido a la casa paterna Ramona, la hija mayor casada en Tras la Moronta. Era una mujer ya mayor, de majestuosa corpulencia, toda ella muy sosegada en el andar, en el hablar, en el pensar. Sonaba su voz recia con tono de mesurado acento irreplicable.

Venia vestida muy ordinariamente, sin esmero, anticuada de moda, envolviendo en un oscuro sobretodo, su arrogante cuerpo de real mujerona. La primera vista con su padre, retrató su carácter.

—Descastada—gruñó el viejo—, ya era hora que pisaras la casa de tu padre...; ¿cuántos años hace que no has venido a verme?

Ramona se había conmovido al encontrar a su padre más viejo.

—¿Por qué no has traído a tus hijos?... Puede decirse que ni conozco a aquellos oseznos de la Moronta... ¿Por qué no ha venido tu marido?...

—Y ¿por qué cree usted que he venido yo... siete horas a caballo a través de la sierra? ¿Habrá sido por gusto? Haciendo un sacrificio muy grande de cariño...

—Pues para echármelo en cara no hubieras venido..., no te he llamado...

—No, si vengo sin que usted me llame; si vengo a sabiendas de que a los cinco minutos ya le estorbo a usted, y ya estamos echándonos a la cara dichos..., vengo a ver a mi padre, a oírle regañar, pero a abrazarle regañando y todo..., y de ahora en adelante, ya que va usted siendo viejito, vendré dos o tres veces al año, cuéstemme lo que me cueste... En cambio, ¿cómo quiere usted que vengan mi marido y mis hijos, el oso y

los oseznos, como usted les llama, si no le quieren a usted...

—¿Qué?

—Que lo quieren y es natural. Solamente a los hijos se les puede exigir que amen en sus padres lo que no es amable.

—Animal, Ramona... eso no se dice...

—Yo digo siempre todo lo que siento.

Así era de toscamente franca y desenfadada Ramona. Su carácter, rudo de tan abierto, chocaba siempre en encontronazos con el de su padre, y siempre a los dos minutos de estar juntos, se separaban regañando.

Ramona se reunió con sus hermanas Amelia y Lucía, que la abrazaron lloriqueando. Era mucho mayor que ellas, y las trataba maternalmente, llamándolas con sus apelativos familiares.

—Pero Melita, ¡qué delgaducha estás, qué estropeada!... pero ¡qué raro el pobre papá! ¿cómo consiente que no tengas ama de cría?

Ramona miraba a la prolífica Amelia a los ojos, queriendo adivinar, por ahorrar lo bochornoso de la pregunta, la penuria económica, las privaciones, los ahogos.

—Vamos a ver, Melita, ¿por qué no has recurrido a mí? Háblame con toda claridad, como a una madre, ¿no sabes cómo soy? Yo

bien conozco a papá; os habrá ayudado poco o nada a vivir, y tú pobre Melita con tanto hijo, en la vida tan cara de la capital, con el poco sueldo de tu marido ¿cuántas privaciones, mi Melita? Si yo soy rica, tontina, ¿por qué no cuentas conmigo?

Había tan cariñoso acento en las palabras de la hermana mayor, que Amelia desahogó todo su interior, lamentando las penalidades de su vida.

Ramona vivía muy feliz en su Tras la Moronta; su marido, de carácter muy semejante al de ella, vivía consagrado a la rústica pero dulcemente tranquila tarea de la ganadería. Dios les había dado muchos hijos sanos, muchas riquezas sosegadamente ganadas, mucha paz en el abundoso hogar, mucha tranquilidad de vida, con pocos deseos, y estos todos realizables y realizados; nada echaban de menos en el mundo, arrinconados en su hoyo serrano de Tras la Moronta. Y esta felicidad sosegada que formaba parte esencial, y como segunda naturaleza de Ramona, irradiaba en torno de ella a modo de un paradisiaco halo de bienaventuranza, de optimismo. A su lado se llegaban a creer quiméricas las desazones y absurdos los duelos de la vida. La voz de Ramona era, naturalmente, consoladora; de los labios de la serrana fluían los raudales de paz y de optimismo que rebosaban de la fuente de su corazón, que sufrió muy poco en la vida. Rodeaba a sus hermanas, de las que la ha-

bían separado varios años de ausencia, de tiernas demostraciones de afecto más maternal que fraternal.

—Pero, Luchi; ¡qué señorita más linda te has hecho! Y era ayer cuando la tenía yo en brazos a la pequeñarrina Luchi... Mocosuela, qué mocita más guapa... ¿puede que tengas ya novio?

Amelia reveló bruscamente:

—Tú no sabes, Ramona; está pasando nuestra pobre Luchi unos días terriblemente negros, tiene celos... está enamorada y no la quieren.

Ramona rió con carcajadas sonoras.

—A ver, a ver esa historia.

Lucía protestaba de la revelación de Amelia; pero ésta lo contó todo en medio del borchorno de la delatada.

—¡Bah!—interrumpió Ramona, que no comprendía muy bien la transcendencia de estas «tragedias sentimentales»—. Pero ¡qué chiquilla más sin seso eres, Luchi! ¿Y has llorado por semejante pamplina? Pero ¿de veras estás tan atrocemente enamorada de ese... Ramonchu... del hijo de la Braulona? Yo no comprendo muy bien cómo se pueda sufrir por estas cosas. Pero, hijita, santo remedio... le mandas a hacer gárgaras al pelele ese, y aquí paz y después gloria.

—Tú no sabes, Ramona, cómo es nuestra pobre Luchi; sufre mucho con sus celos...

he pensado que te la lleves a Tras la Moronta por un mes.

—«Que te la lleves»—prorrumpió Lucía muy colorada—. Me estáis tratando como una chiquilla.

—¿Y qué eres, mi pobre Luchi?—la preguntó Ramona—. Bueno, de cualquiera manera, vienes a mi casa, ¿no quieres?, nunca has estado allá, no conoces a tus sobrinos. Verás qué bien pasas este mes. Comprenderás que yo no doy a tu ida de aquí el significado que Melita. Yo no veo la necesidad espiritual de tu ausencia de estos lugares, no puedo admitir la creencia en tamaños conflictos sentimentales; pero vienes conmigo ahora sencillamente porque alguna vez habría de ser la primera. Cosa decidida, ¿verdad, Luchi?

—Sí, cosa decidida—recalcó Amelia—. Aquí sufriría mucho. A papá yo le veo entusiasmado con este noviazgo de Ramonchu y Pirula, ¡cómo es tan raro el pobre papá!

Ramona se apenó con tales chochees, porque revelaban vejez.

—¡El pobre! Hay que disculparle, y no afectarse ni tomar en cuenta sus impertinencias. A mi hombre y a mis hijos no puedo hablarles de que le sufran, es natural; pero nosotras somos hijas, hay que quererle mucho y disculparle al pobre viejo.

Así se expresó Ramona, que era la única

hija que siempre habló a don Ramón con tan ruda franqueza, que siempre estaban riñendo.

A la hora de comer acudieron las tres hermanas al comedor. Estaba ya puesta la mesa, pero no apareció por allí el papá.

A propósito de los dos cubiertos de más que vieron preparados comentaron de nuevo ellas el novlazgo de Ramonchu y Pilar.

—Se diría—dijo en tono de queja Amelia—que los quiere más que a los hijos, ¡qué raro papá! Ve con entusiasmo estas relaciones; yo le he oído hablar con la Braulona, como si ya fuera cosa hecha la boda: «Tú, Braulia, los dejas que se vayan, ¿quién te mete en esos trotes de nueva vida? Tú preferirás quedar aquí, donde ha transcurrido toda tu vida. Ellos vayan benditos de Dios, es ley de vida, los viejos ya no van a ninguna parte, tú y yo aquí... esto es algo triste, ¿verdad que es triste, Braulona? ¿Qué dices? Y lo mejor es que se casen en seguida, aquí, antes de marchar el chico, que ya vaya a su destino en condiciones de constituir un hogar, un hombre ya, Braulona; pero ¿no dices nada? Un juez, un señor juez. Pero ¿no te entusiasmas, Braulona?

—Entusiasmos de papá—sentenció la hermana mayor—. Pero ¿cómo no viene ya a comer? ¿cuándo vamos a comer? ya es hora, él nunca quebrantaba antes el horario de sus costumbres.

—Pero los novios—arguyó Amelia—le han trastornado todo.

Por fin apareció don Ramón en el comedor.

—¿Qué?, ¿estáis aquí? ya es tarde... ¿no han venido ellos? Creo que han estado de paseo esta mañana los novios... ¿lo sabe ya Ramona?, ¿se lo habéis contado?

—Ya, ya me lo han contado; ¡vaya con la Pirula!

—No la llames así, Ramona.

—¿Pues?

—Eso de «Pirula» parece algo desprecia-tivo, y ya ves tú si Pilarcita valdrá mucho cuando Ramonchu se ha enamorado de ella...

—Eso no me prueba nada, papá.

—¿Qué dices?

—Pues... que tal para cual; el Ramonchu para la Pirula... el hijo de la Braulona.

—Cállate, animal; si es nada menos que todo un juez.

—Como si es un monarca, ¿dejará de ser el Ramonchu?

—Pero ven acá, Ramona, ¿qué crees tú, oveja machorra, que vale más, un hombre de carrera o... o... o tu marido, el ganadero de la Moronta?

Ramona no se inmutó ante tan atroz im-



pertinencia; sonrió a su papá con una tranquilidad que le crispó de nervios, y dijo muy calmadamente, despaciando mesuradamente las palabras:

—¿El hijo... de la Braulona... valer más que... mi Fructuoso? Tenían que nacer otras cien veces el tal Ramonchu, la tal Braulona, y toda su casta.

Los dos puños del viejo se levantaron en alto y cayeron como dos porras sobre la mesa, derribando botellas y vasos. Aquello presagiaba una tormenta. Ramona, compadecida de la chocha exaltación de su papá, desvió la cuestión peligrosa.

—Hablando de otra cosa, papá; he aconsejado a Melita que vaya a consultar su embarazo con un médico especialista de la capital, la he encontrado muy estropeada; ¿te parece bien mi consejo, papá?

Pero el papá no entró por este derrotero de conversación. Paseaba la estancia en furioso paseo.

—Mira que decir de la Pilarcita, tan humilde, tan trabajadora, tan sesudita. Me querrás hacer creer, Ramoona, que valen más que Pilarcita las estúpidas señoritas de Quintanilla de Abajo; ¡¡para ellas estaba Ramonchu!!

—Bueno, bueno, papá; dejemos eso y vamos a comer, es ya muy tarde.

—Pero ¿cómo vamos a comer, pedazo de cajiga, si no están aquí?

—¿Y vamos a estar esperando por esos?

—Esos llámalos por su nombre.

—Eres intransigente, papá.

El viejo no se calmaba, volvía a martillear el yunque de la misma idea.

—¡Pilarcita! Pero ¿es tonto Ramonchu, o qué me quieres decir, osa de la Moronta? Cuando Ramonchu se ha fijado en ella, ¿a qué se la quieren comparar todas estas señoritucas de pueblo?

¡Horror! La mano del exaltado viejo señaló con inconvenientísimo ademán a Lucía. Esta cruel impertinencia, quizá no intencionada, colmó el sentimiento de Lucía. La pobre rompió a llorar en este instante. Amelia, compadecida, protestó; y Ramona, alterada acaso por primera vez en su vida, prorrumpió:

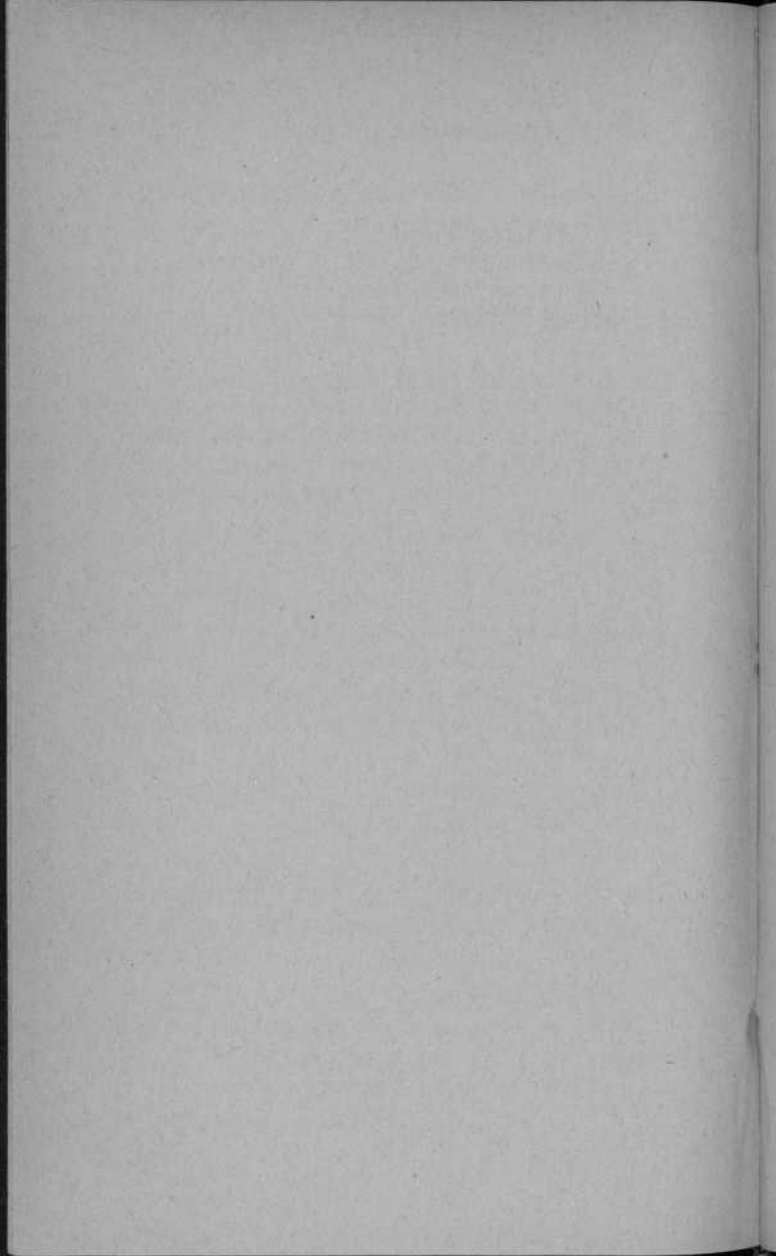
—Vaya, papá, estás hoy atroz, no debes apenar así a nuestra Luchi, nada más que por chochez.

Se agravó el conflicto, Lucía se retiró llorando a gritos, las dos hermanas salieron tras ella.

—Mira, papá—dijo la ruda Ramona—, ¿ves? te dejamos que comas ancho con tus ahijados, no debías dar lugar a estas escenas, tienes que reconocer lo cruel que has sido con nuestra pobre Luchi.

El viejo gritó, descompuesto de ira, manoteando como un energúmeno:

—Os vais al cuerno... con la cursi esa, llorona y estúpida sensiblera, ¡¡señorita de Quintanilla de Abajo!!



FINAL



«¿Qué haces, soltera vieja,  
que no te casas,  
y te vas arrugando  
como una pasa?»

**D**ABA SUS frescas notas de alegría al ambiente de la tarde estival el cantar de las niñas que jugaban al corro.

Lucía, que regresaba en aquel momento de Tras la Moronta, oyó el cantar infantil al entrar en la plazoleta fronterera a su casa; y se acordó de aquella otra tarde cuando, a la hora en que el sol primaveral besaba, despidiéndolas, las flores nuevas, este mismo cantar la hizo reír:

«La vida es para amar  
y ser amada...»

Si la vida es para amar—asentía ella—, amor hace el milagro de alegrar la vida, que tiene poco de alegre; amor convierte en radiante paraíso el más lóbrego rincón.

Bien lo acababa ella de ver en el mes que acababa de pasar en la aldehuela de Tras la

Moronta, un misérrimo hoyo de la brava y peñascosa serranía. En aquel inhóspito paraje, la casa de su hermana Ramona era una edenal mansión por obra milagrosa del amor; en torno del hogar de aquella casa, amor congregaba en patriarcal agrupamiento de seres felices a padres y a hijos, y a la turba leal de criados. En aquel hórrido paraje había descendido la felicidad con sus ubérrimos dones de paz inalterable, de alegría sana, de vida sosegada y dulcemente monótona, de deseos todos realizables y realizados. ¡El amor! He aquí que los yermos helados se truecan en verjeles, por prodigioso milagro de amor; he aquí que una casucha montañesa incrustada en peñascales, es convertida por el amor en refugio y cobijo halladero, y nido suavísimo, y miniatura del mismo cielo.

Allí en la aldehuela de Tras la Moronta, en la geórgica paz soledosa del boscoso paraje serrano, propicio a la consolación de las almas doloridas, sintió Lucía que un bálsamo de dulcedumbre caía sobre las heridas de su corazón; pero el ejemplo de amor de aquella casa hacía basar este consuelo sobre nuevas esperanzas de amor. Allí en aquella soledad sedante y meditativa vió la joven que su vida en lo futuro, si cerraba obstinadamente su corazón a los rayos de sol del amor, había de ser tristeza, soledad y frialdad; allí aprendió a ser sufrida, a no llamar definitivo a ningún desengaño por doloroso que fuese, a no darse por vencida en estos bregadores



vaivenes de esperanzas y desilusiones; allí alguna voz interior la dijo que el corazón humano, antes de encontrar el rumbo definitivo por este mar de la vida, suele sufrir naufragios; allí se convenció de que las almas peregrinas sufren ofuscaciones de falsas luces de ilusiones falaces que las desorientan y extravían de la senda verdadera; y sin embargo las almas fuertes, sufridas, no sensibleras, tienen el heroico valor de no desmayar en cobardes laxitudes, de rectificar derroteros, de desandar andadas, de marchar siempre, de vivir... Y el pensamiento de Ramón fué modalizándose en una forma de melancolía sosegada; el dolor se fué desvaneciendo lentamente, como la degradación cromática del purpúreo rosicler de un ocaso, que se va apagando poco a poco, difuminándose en la suave sombra vespertina.

Ahora ya el recuerdo de Ramonchu no la desgarraba el alma, y hasta la era soportable detener el pensamiento en aquel raro suceso de los amores de Ramonchu y Pirula. Ya los suponía casados y camino de la lejana ciudad, adonde había sido destinado el joven juez. No había recibido en todo el mes carta de Quintanilla. Su hermana Amelia, que era la única persona que la hubiera informado del acontecimiento de la boda, estaba en la capital, sometida a plan terapéutico en su trabajoso embarazo. No extrañó tampoco Lucía que su papá no la escribiera; comprendía que el entusiasmo del

viejo le habría impedido en tales días acordarse de ningún ausente.

Al llegar a la verja del jardín de su casa, Lucía se apeó del caballejo serrano, cuyo roncal había todo el camino traído de la mano el espolique, un viejo criado de su hermana Ramona. Cayó la mirada de Lucía sobre los rosales y trepadoras, en plena floración, en pródiga cosecha de flores, anualmente renovadas, y anualmente marchitas. Se acordó de las palabras de Amelia: «¿Te has fijado alguna vez en los rosales durante el invierno? ¿Quién espera rosas de aquel feo erizamiento de helados tallos renegridos, muertos? Ya verás cómo en tu corazón, que también es hoy un helado erizamiento de espinas, vuelven a retoñar las rosas».

Tiene que resignarse el corazón humano a dar rosas que se han de marchitar; hay que transigir con la vida, que tiene algunas leyes muy duras. Y no hay que ser exigente, este acaso es el secreto de la felicidad: aspirar a poco, desear poco, y que este poco sea muy realizable.

Y este espíritu de achicamiento y transigencia, como condición para ser feliz, que algún día entristeció a Lucía y la pareció como un indicio de miseria y pobreza del corazón humano, y la hacía exclamar gallardamente: «¿Por qué no se ha de ser exigente?», hoy en cambio lo aceptaba como una verdad consoladora.

Las niñas que jugaban al corro en la plazoleta giraban al compás de su cántico, tra-

badas las manos y tendidos los brazos en graciosa cadena, ideal joyelero que engarzaba cuerpos de niña. Y parecía que la vida, desairada en su indiscutible ofrecimiento de una felicidad que había de ser forzosamente aceptada, fuese como fuese, lanzaba contra la mujer envejecida sin amar, por haber sido quizá *exigente*, un insulto que sonaba con amarga ironía, pronunciado por labios pueriles:

«Mírese en un espejo  
la solterona;  
verá cómo ya tiene  
cara de mona.»

Lucía, al trasponer la puerta de la verja, se quedó pasmada de admiración... vió venir hacia ella, a recoger su pequeño equipaje, a Pilar.

—Pero ¡cómo!—exclamó—, ¿estás aquí? ¿estáis aún aquí?

Pilar la miró con su mirada apagada, levantando su faz inexpresiva, sin contestar. Lucía volvió a preguntarla:

—¿Pero está aquí Ramonchu todavía?

Entonces la humilde Pirula bajó la cabeza con un gesto muy natural de mansedumbre resignada, y dijo con voz insegura:

—Ramonchu... se marchó... hace seis días.

La Pirula no pudo seguir hablando, y se echó a llorar.

Había acudido don Ramón a recibir a su hija, y viendo llorar a Pilar, prorrumpió:

—¿La ves, Luchi? Pues así está, llora que te llora, desde que marchó Ramonchu; claro, no sabrás nada: a los pocos días de irte tú a Tras la Moronta, rompieron estos las relaciones; yo no he sabido la causa, pero me la supongo, esta Pirula tendría la culpa, por sosa... porque ya ves con lo que es Ramonchu... con el gran corazón de Ramonchu...

Una repentina intuición reveló a Lucía el secreto de aquel suceso: Ramonchu, para mortificar con celos a «la señorita Lucía», había engañado tristemente a la Pirula, víctima de aquella farsa cruel.

Don Ramón seguía perorando:

—Y ahora, Pirula, después que tú has tenido seguramente la culpa, crees remediarlo con esas estúpidas lágrimas a todas horas... bien hecho te está, por *pasmarón*. ¿Qué habrá hecho esta *pava* para aburrirle, a Ramonchu... al gran Ramonchu.

La humilde no contestó; había recogido el saquito de viaje de Lucía, y se retiró a la casa, a ocultar su llanto.

Las niñas cantaban en la plazoleta:

«La vida es para amar  
y ser amada,  
¿por qué soltera vieja  
no estás casada?»

En aquel momento, el cartero voceó en la puerta de la verja: «Braulia Tomares».

—¡Carta de Ramonchu!—exclamó alborozado don Ramón.

Acudió a cogerla presuroso, y abriéndola inmediatamente, se retiró a leerla, ojeándola por todas partes.

—Ya llegó a su destino; Braulona, mira lo que escribe Ramonchu.

Asomó la Braulona a la puerta de la casa, se acercó al señor pausadamente, sonriendo beatíficamente, cruzadas las manos sobre el ampuloso abdomen.

—¿Qué dice Ramonchu, qué?

—Le han recibido con agasajos y honores. ¿Pero no te entusiasmas, Braulona?

Lucía no acudió al grupo que formaban su papá, leyendo, y Braulía, escuchando. Pensó con tristeza con qué ilusión en otras ocasiones había corrido a oír leer la carta de Ramonchu, y a soñar con aquella línea, que de seguro no había de faltar en la carta de hoy: «Afectuosos recuerdos a la señorita Lucía».

La sacó de su ensimismamiento la voz del cartero, que no se había marchado.

—Señorita—la dijo en voz baja, con mucha precaución—, tengo una carta para usted; hace ya días que me la han entregado para cuando usted viniera; me ha encargado mucho que se la dé en propias manos...

—¿Quién?

—El señorito Miguel Azcúnaga.

Lucía guardó la carta; instantáneamente formó el propósito de contestar a Miguel, aceptando su amor.

Las niñas del coro cantaron:

«Verás, moza soltera,  
si no te casas,  
cual te vas arrugando  
como una pasa.»

La voz entusiasta de don Ramón, declamaba:

—Todas las autoridades locales agasajaron a nuestro Ramonchu... al señor juez...  
¿Pero no te entusiasmas, Braulona?

FIN

No es preciso ser rico para formar parte del  
"Patronato Social de Buenas Lecturas" en calidad

◇ ◇ ◇ ◇ de Socio Protector ◇ ◇ ◇ ◇

Vea Vd. las diversas combinaciones de propaganda  
que se le ofrecen, y elija la que más le agrade

**Combinación núm. 1** Los que a esta combinación se suscriban recibirán cada mes una preciosa novela de *Biblioteca Patria* de obras premiadas. En ningún caso se enviarán libros cuyo valor sea inferior a 1'50 pesetas, y sí, en muchas ocasiones se les remitirán a los suscriptores novelas de más elevado precio. Esta combinación sólo cuesta 16 Ptas. cada año.

**Combinación núm. 2** Quienes la acepten recibirán: 1.º—Una novela mensual, cuyo importe será en muchos de los casos de 4 y 5 pesetas. 2.º—Una suscripción a la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* (es mensual y cuesta 15 Ptas. al año). 3.º—Diez suscripciones a los periódicos para el pueblo titulados *La Cultura Popular* y *Pan y Catecismo*. El precio anual de esta combinación es de 30 Ptas.

**Combinación núm. 3** Los que a ella se suscriban, recibirán 25 novelas de *Biblioteca Patria*, cuyo importe total no será menor de 60 Ptas., y en concepto de regalo podrán elegir 12 tomos de la *Biblioteca de Cultura Popular*. Sólo abonarán por anualidad la suma de 50 pesetas

**Combinación núm. 4** Es la más ventajosa de todas. Los señores que la prefieran recibirán 50 novelas de *Biblioteca Patria* y 25 obras de la *Biblioteca de Cultura Popular*. Esto si abonan las 100 Ptas. en 12 plazos mensuales de Ptas. 8,30 cada uno. En caso de que prefieran efectuar el pago de las referidas 100

pesetas al contado o en tres plazos mensuales de Ptas. 33'50 cada uno, obtendrán además el derecho a elegir 10 obras más de *Biblioteca Patria*, entre las seleccionadas que figuran en las siguientes páginas.

**Combinación núm. 5** Excelente obra social realizarán todos aquellos que acepten la creación de la Biblioteca de su nombre. Esta Biblioteca cuesta 500 pesetas, pero sólo abonarán los invitados a esta fundación la suma de 100 Ptas. De reunir el resto se cuidará el *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Todas las obras se entregan de una sola vez, al recibo del «Boletín de Aceptación»

### BOLETÍN DE ACEPTACIÓN

Remítase bajo sobre franqueado con sello de 25 ets. a la Sucursal-Almacén del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS (Palacio de BIBLIOTECA PATRIA).-CÓRDOBA

D. ....

de profesión .....

domiciliado en .....

provincia de .....

calle ..... n.º .....

acepta el DIPLOMA DE SOCIO PROTECTOR del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS, y con el fin de cooperar a esta obra de moralización de las costumbres por medio del buen libro y del buen periódico, autoriza al PATRONATO para que se le considere suscripto a la combinación número ....., cuyo importe abonará .....

..... (indíquese si al contado o a plazos, advirtiéndose que sólo se conceden plazos para el pago de las combinaciones números 4 y 5).

FIRMA.



## **Elija Vd. 12 ó 25 obras de regalo**

según acepte la combinación núm. 3, de 50 Ptas. o la número 4, de Ptas. 100, abonable esta última en 12 plazos mensuales

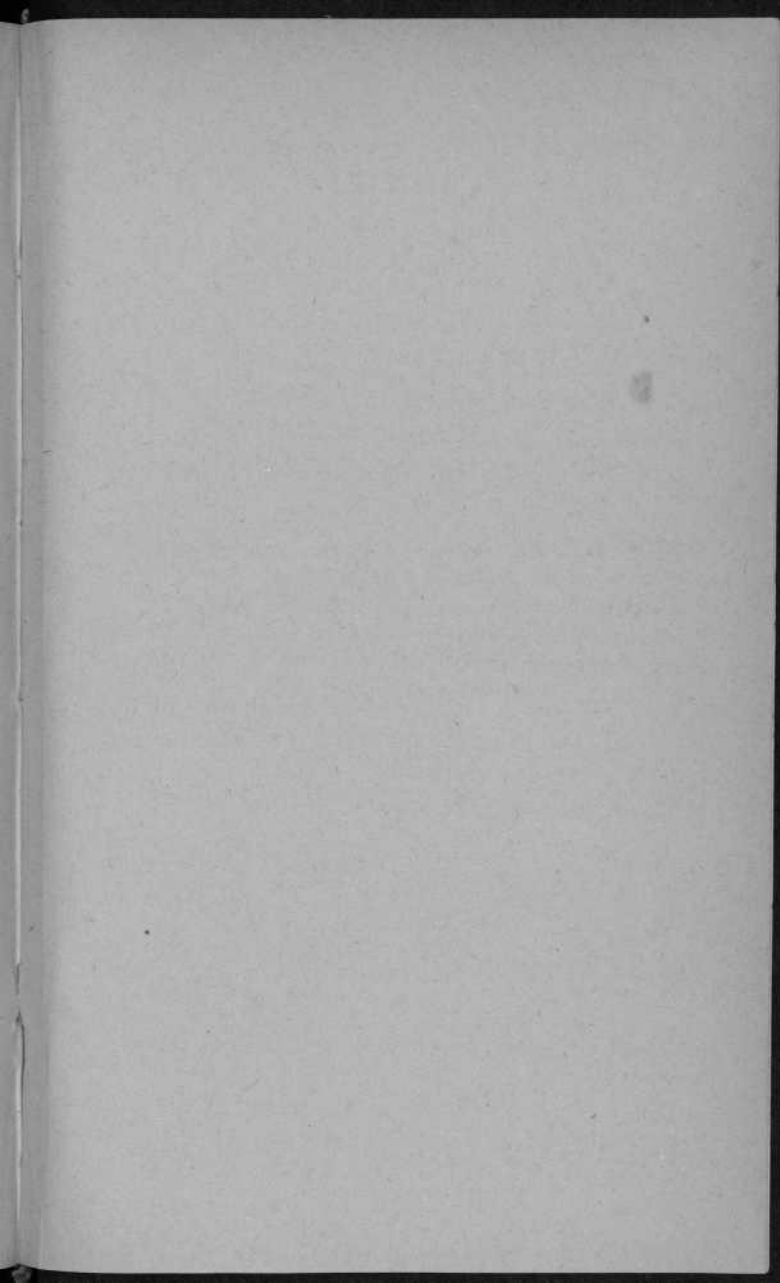
Señale con una X las 25 obras que más le agraden, entre las que a continuación se citan:

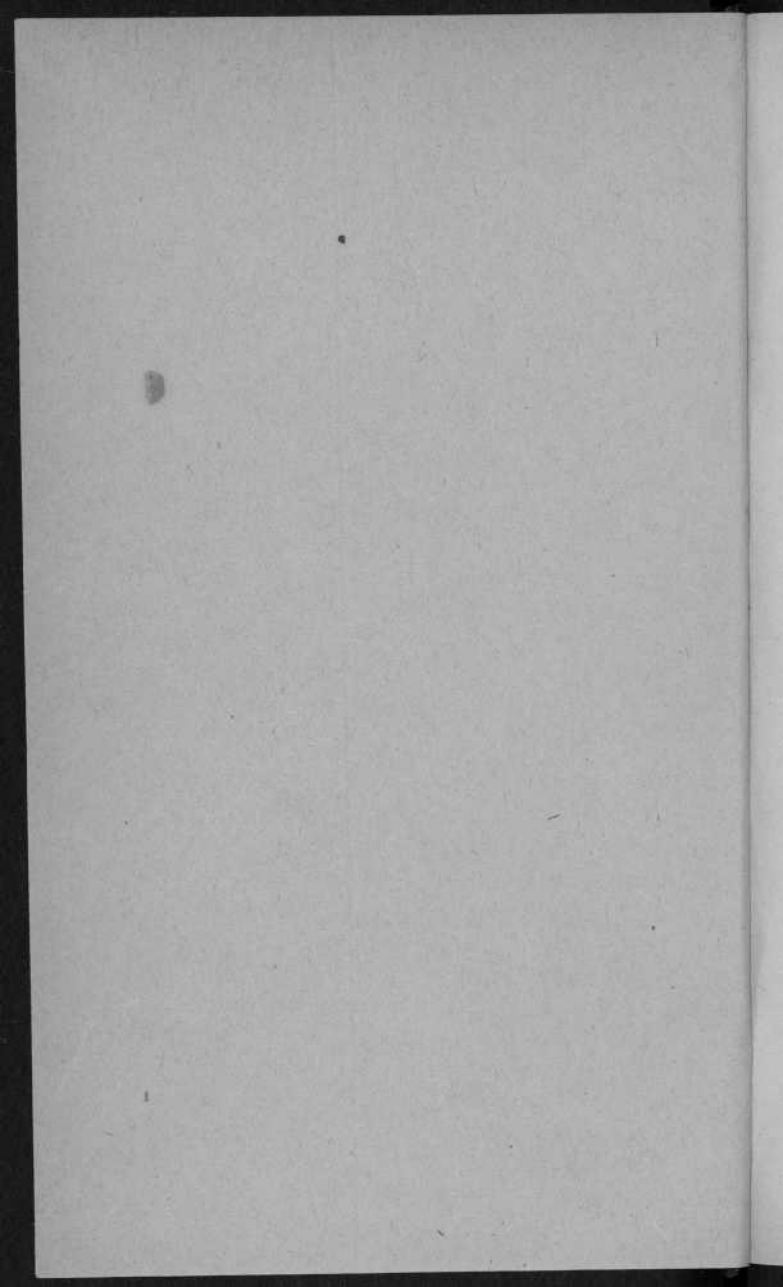
- 1 LA SAGRADA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESU-CRISTO, por Fr. Luis de Granada.
- 2 CUENTOS DE PATRIA, por varios autores.
- 3 LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luis de León
- 4 EL ALCALDE DE ZALAMEA, drama en verso, por Calderón de la Barca.
- 5 LA ESTRELLA DE SEVILLA, drama en verso, por Lope de Vega.
- 6 LA GITANILLA, novela por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 7 EL SÍ DE LAS NIÑAS, comedia en prosa por Leandro Fernández de Moratín.
- 12 AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES, por San Juan de la Cruz.
- 13 LEYENDAS PIADOSAS, por Fr. Lope de Vega Carpio.
- 14 DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, prosa y verso por Francisco de Quevedo y Villegas.
- 15 PABLO Y VIRGINIA, novela por J. Bernardino E. de Saint Pierre.
- 17 SELVA DE AVENTURAS, por Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad. Libros I, II, y III.
- 18 SELVA DE AVENTURAS, por Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad. Libros IV, V, VI y VII.
- 19 DEL REY ABAJO, NINGUNO, drama en verso por Francisco Rojas.
- 20 TRATADO DE LA UNIÓN Y CARIDAD FRATERNA por el Venerable Padre Alonso Rodríguez.
- 22 EL CONDENADO POR DESCONFIADO, drama en verso por Fr. Gabriel Téllez (Tirso de Molina).
- 23 LA INCLINACIÓN ESPAÑOLA, novela por Alonso de Castillo Solórzano.
- 26 POEMA DEL SEGURO, por José Ignacio Suárez de Urbina.
- 31 CUARTILLAS DE ANTAÑO, por Lnis Martínez Kleiser
- 33 LOGRANDE Y LO PEQUEÑO, por Lorenzo Lafuente Vanrell.
- 34 LA DESGANA DE VIVIR, por Serafin Puertas.
- 36 CUENTOS DE HOGAR, tomo I, por Augusto Martínez Olmedilla.
- 37 NARRACIONES CÁNTABRAS, por Evaristo Rodríguez de Bedía.
- 44 CISNEROS, CERVANTES, RIVAS (estudios históricos y literarios) por Narciso José de Lilián y Heredia.
- 45 AMIGO DE DIOS... colección de cuentos por Evaristo Rodríguez de Bedía.

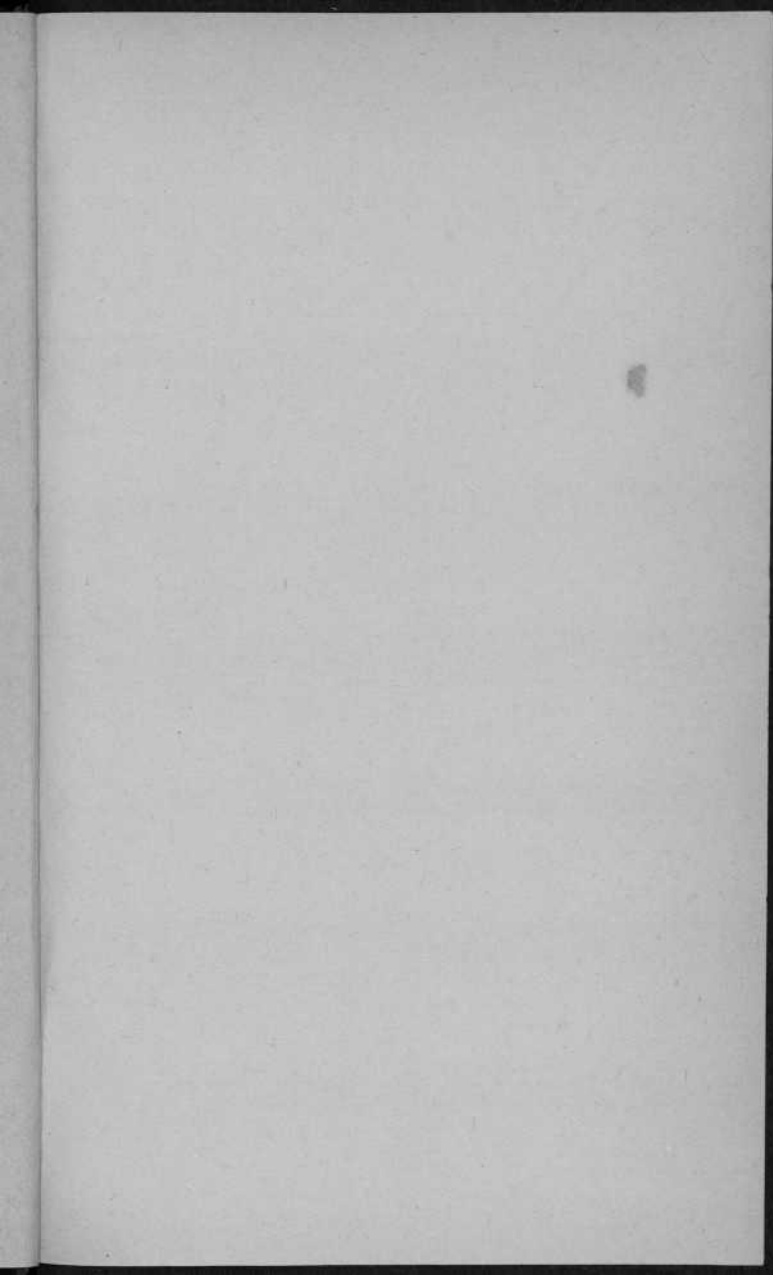
- 46 TIERRA QUE FLORECE..., por Eladio Esparza.  
 47 HISTORIETAS SALUDABLES, por Eduardo de Huidobro.  
 50 LA FUERZA DEL AMOR, novelas cortas por María de Zavas y Sotomayor.  
 51 LA MUERTE VENCIDA, páginas sociales por José Ignacio S. de Urbina.  
 52 LOS PECHOS PRIVILEGIADOS, comedia por Juan Ruiz de Alarcón.  
 53 SAN PEDRO Y SAN PABLO, Florilegio, por José de Liñán y Eguizábal.  
 54 IN VIA LUCIS, Breves anotaciones sobre motivos religiosos por Eladio Esparza.  
 55 EL LOCO PEREGRINO, drama por Leopoldo Aguilar de Mera.  
 56 LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ, drama en verso por D. Pedro Calderón de la Barca.  
 60 LEYES DE LA ESPOSA, por Sor María de Ágreda.  
 61 REMEMBRANZAS DE UN OCHENTÓN, por Díhez y Shieihel Ustros  
 62 RINCONETE Y CORTADILLO, por M. de Cervantes y Saavedra.

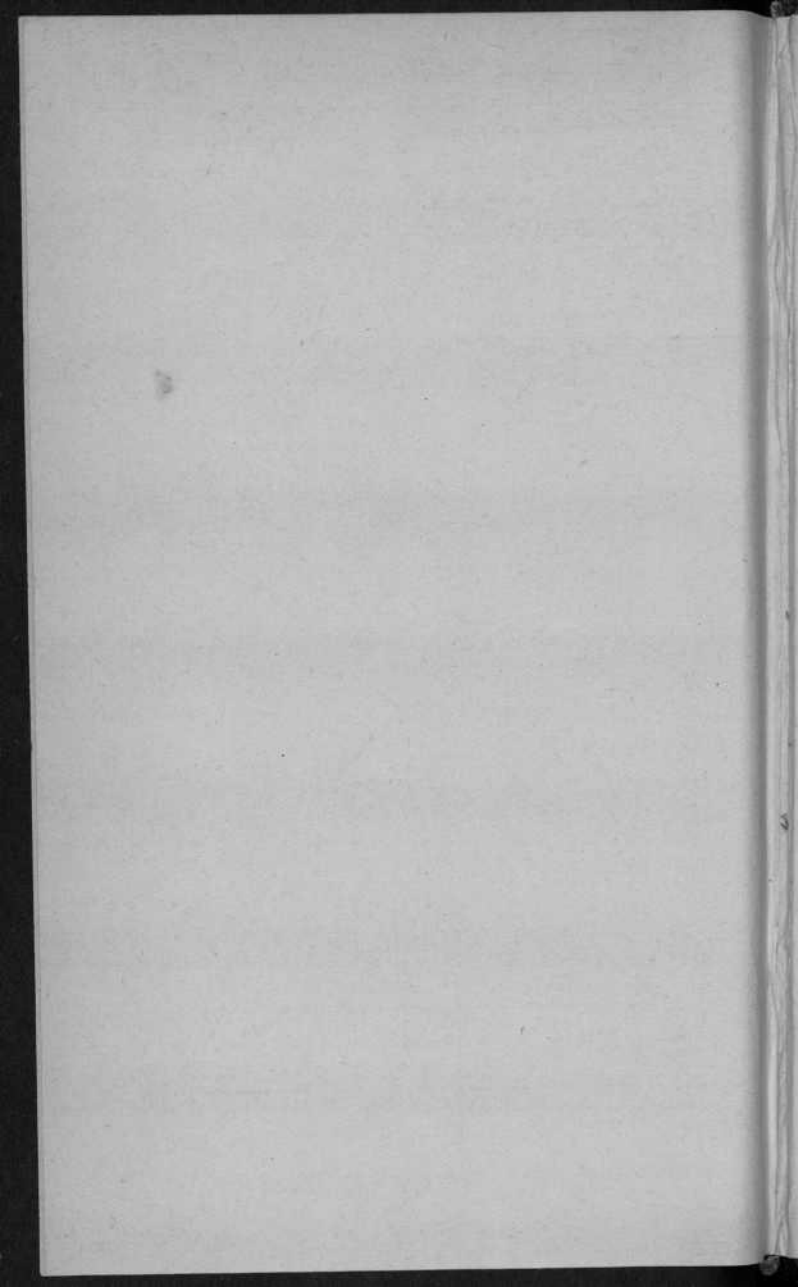
**IMPORTANTÍSIMO:** Si usted suscribe la combinación número 4 ó 5 y efectúa el pago al contado o en tres plazos mensuales de Pts. 33'50 cada uno, tendrá derecho a elegir, además de todos los libros que se le ofrecen, diez tomos de BIBLIOTECA PATRIA entre los que a continuación se citan:

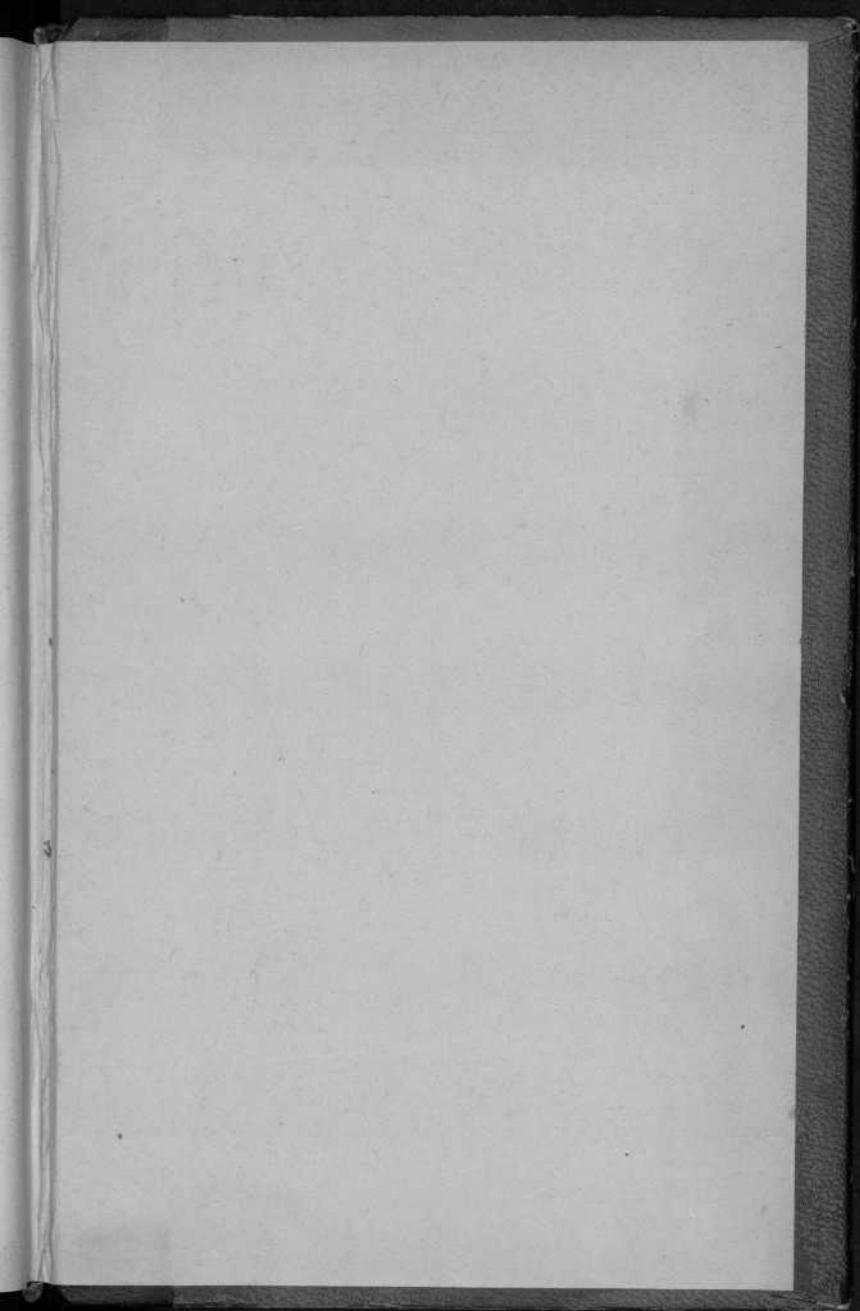
- 2 LA TONTA, novela por R. de Solano y Polanco.  
 4 ALMAS DE ACEBO, novela por J. Rogerio.  
 9 EL BUEN SENTIDO, novela por A. Pérez Nieva.  
 19 EL VAGON DE TESPIS, novela por M. López Roberts.  
 44 DEL OIDO A LA PLUMA, por Francisco Rodriguez Marín.  
 60 EL ALMA EN CAMINO, por José María Folch y Torres  
 86 GONTRAN, QUE FUÉ A TIERRA SANTA, por Augusto Martínez Olmedilla.  
 87 EL ESPECTRO DE MARLEY, por Carlos Dickens.  
 115 LOS SUAVES MILAGROS, por Francisco villaespea.  
 117 EL MOMENTO CRÍTICO, por A. de Hoyos y Vinent.  
 133 EL SOMBRERO DEL REY, por Diego San José.  
 187 DE MADRID AL CHACO, por José Ortega Munilla.  
 194 UNA LECCIÓN DE AMOR, por G. Díaz Caneja.  
 197 LO QUE CUENTA UN PUÑADO DE CENIZA, por J. Lasso de la Vega.  
 229 MIS MEJORES CUENTOS, por «Curro Vargas».  
 234 LA RESIGNADA, por J. Fernández y González.















MADAME WOILLEZ

SENALFIN PUERTAS

EDMA  
Y MARGARITA  
LAS  
SEÑORITAS  
DE  
QUINTANILLA

20593

PUBLICA